



Revista de Literatura Contemporánea

Cultura de Veracruz. Año XXVIII
 No. 147. Septiembre / Octubre 2024
 Publicación bimestral.
www.nuevaepoca.blogspot.com /
culturadeveracruz@yahoo.com.mx

Editor: Alberto Hernández Vásquez

CONSEJO EDITORIAL: Edgar Aguilar, Marco Tulio Aguilera Garramuño, Mario Calderón, Celina Márquez, Omar Piña, Silvia Tomasa Rivera, Vicente Francisco Torres.

Director Raúl Hernández Viveros

Sudirector: Alberto Hernández Vásquez

Administrador Mario Hernández Vázquez

Obra gráfica: Gerardo Morán.

Carlos Roberto Morán/ César Bisso/ Cecilia Valdez Zúñiga/ Alicia Leonor Torres/ Ruth Treviño/ Mia Nallely Amaro Arvizo/ Víctor H. Orduña/ J. Andrés Tomás Pérez Olvera/ Efrén Hernández/ Estrella Gracia González/ Sunhaila Minelly Sánchez Barrientos/ Inés Legarreta/ Fernando Sorrentino/ Eduardo García Aguilar/ Gino Raúl De Gasperín Gasperín/ Sandra A. Torres Herrera/ Daniel De Culla



Carlos Roberto Morán

Mirando abajo parece un sueño, murmuraba, más bien pensaba en ella, la antigua canción, al tiempo de caminar por una ciudad, Catamarca, idealizada en su juventud, desconocida para él, visible turista. Cambiada, le dijo el mozo en el bar, demasiado, atravesada por el mundo digital, como ocurría en la nerviosa ciudad donde vivía. Como estaba pasando en la casi totalidad de un mundo alterado. Acá, le dijo también el mozo del bar, le resultará difícil encontrarse con la “majadita” (la majada de ovejas) volviendo del cerro. Más bien edificios altos, negocios que se copian de París o Nueva York, celulares, música estridente, ropa informal que visten las chicas y los chicos que -también ellos- parecen estar a punto de devorarse el mundo. Lo que conocía de Catamarca era nada, más que nada la vieja canción que hablaba del quesillo de cabra, del cañizo y del tabaco y hasta de una chinita (término despectivo, despectivo en exceso) barriendo el patio con algo raro que ahora mismo no recuerda. Se llama pichanilla, o le dicen así, es una planta. Con esas hojas “la chinita” barría el patio. Era la canción que mal recordaba. Allá, le indicó el mozo, está la cuesta de El Portezuelo, pegada a la ciudad. En tanto el desconocido le habla, la canción parece cubrirle todo el espacio de su mente.

DESDE LA CUESTA DEL PORTEZUELO

Carlos Roberto Morán recibió un homenaje por su obra literaria, en octubre, durante un encuentro de escritores en Argentina. Recuerdo que hace un tiempo, en otro homenaje en Santa Fe. Nació y vive en Santa Fe. Autor de afortunados libros de narrativa. Entre los cuales destacan "Noticias de Sergio Oberti"; "Noticias desde el Sur" y "Territorio posible". Fue finalista hace varios años, en el concurso del cuento convocado por la Universidad Veracruzana. Sus obras fueron publicadas en varios países de Europa y América latina. La Universidad Veracruzana editó en la serie Ficción su libro: "Noticias desde el Sur". Desde la mitad del siglo XX ha colaborado con sus ensayos y reseñas en “Cosmos”, y en “La Palabra y el Hombre”. Lector erudito de la literatura contemporánea, colabora en "Cultura de Veracruz". Entrañable compañero de conversaciones sobre aventuras de ficción y trascendentales proyectos sobre páginas de crítica literaria. RHV.



Pero no va a encontrar un pueblito aquí, otro más allá. O, lo encontrará, pero no ranchitos, difícil, prevalecen las casas de fin de semana, los barrios cerrados, hasta hay mansiones. Todo cambia, agrega. No hay nostalgia peor que añorar lo que nunca, jamás, sucedió, recuerda Sabina. No, se dice en el hotel, esa noche, no hay nostalgia peor. Se durmió, sueño profundo. Que lo llevó lejos de la ciudad y sus preocupaciones, tan lejos como el lugar donde se encuentra la cuesta de El Portezuelo. Vio, en el sueño, el quesillo de cabra, que probó con prevención, aunque al final con gusto. Un viejo pitaba un chala (eso es de otra canción, pero en el sueño la incorporó sin el menor problema) y por primera vez en años, porque había dejado de fumar, probó ese chala y se sorprendió porque le resultó más fuerte de lo que esperaba, quizás por los tantos años de abstinencia. Se

despertó con fuerte gusto a tabaco en la boca. La habitación se presentaba vetusta, primitiva, sin pintura. Corrió la cortina y la doña lo esperaba con un mate. “¿Durmió bien, don?”. Ante sí, El Portezuelo, el camino largo que baja y se pierde. El verde intenso. El rancharío. Decidió quedarse en el sueño, esperar hasta la noche, cuando los gatos se vuelven pardos y las cosas pueden cambiar.

FELICES LOS CUATRO

El tipo vendía laberintos. Se había instalado en la peatonal y antes de hacerlo obtuvo el permiso respectivo, pasó sin problemas la inspección de bromatología y hasta tendió cables, siempre con autorización, para que su puesto quedase bien iluminado por las noches. En el invierno anochece pronto y él había comenzado su negocio justo cuando la ventisca y el desamparo comenzaban a hacerse sentir. Colocó la mesa, los banquitos y un techito por si llueve, así como una especie de rinconera en la que se refugiaba cuando el viento arreciaba. Los laberintos estaban bien envueltos en plásticos transparentes. Son chicos, dijeron los primeros clientes. Es la impresión, les aclaraba. Usted va, lo pone en el jardín, lo infla y al segundo tiene un laberinto de padre y señor mío. El siguiente preguntó por los precios y silbó. “Esos son precios y no los de mi abuela”, dijo al tiempo de reírse, agradecer y retirarse. El tercero fue minucioso con las preguntas, no se asustó con los precios como el anterior y preguntó por extensiones y calidad. “Si es por calidad, le aconsejo el laberinto real, es sólido, aguanta la lluvia y el sol, el viento y las olas del mar. Eso sí, de tanto en tanto conviene cubrirlo para que no se le oxide”. El tipo vacilaba, por el precio. “Mire que



puede encontrarse con el mismo rey, o con la reina. El laberinto es imprevisible”. Tantas mentiras decía a diario que se le entreveraban con las verdades. De cualquier manera, era un buen vendedor, así que el hombre bajo y rubio se decidió y se fue con el laberinto bajo el brazo. Vaya a saberse, pensó el vendedor, porque nada le dijo de los grifos y las gárgolas que cobraban vida. Si advertía lo que podía ocurrir en cada laberinto no vendería ni uno, y en su casa lo esperaban sus hijos famélicos. Continuó vendiendo, exaltando lo evidente y glorioso y callando el resto. Activará las ganas de vivir, renovará la imaginación en casa, los chicos estarán exaltados, pruebe con el laberinto del Far West, lleve el de Alicia en el país de las maravillas, observe por este agujerito lo que le promete el de las noches en el harén. Aquí el vigor, allá el viaje, más allá el encuentro con Dios y María Santísima. A veces decía verdades, otras veces no, tratando en todos los casos de mostrarse activo, intenso, exaltado, asegurando y prometiendo dar su vida si mentía. De ese modo continuó vendiendo laberintos a troche y moche. La primera queja fue mínima: la lastimadura del brazo de una mujer al salir del laberinto.

La segunda refirió al gato que nunca reapareció (“Usted sabe, los gatos son incontrolables, ya volverá”, dijo, sabiendo que mentía), luego vino lo del perro, que fue bastante más grave, pero cuando se dejó de tener noticias de un menor la cosa se puso espesa. Hora de partir, pensó. Cuando vio acercarse a la turba justiciera tuvo tiempo para retirar el laberinto de la fuga, como lo llamaba, con el que corrió al parque donde, advertida, lo esperaba la familia. Allí sopló e hizo botellas porque el laberinto de los laberintos se extendió en todo su esplendor y en él se sumergieron vendedor, esposa e hijos. Y ahí están, al fondo, en medio de la fronda y de la fauna, que es de temer, pero a la que logran mantener a distancia, en tanto a los exploradores que los buscan no les ocurre lo mismo. Han acumulado sus reservas y están refugiados en una pequeña casita, en un recodo, alejados del rey siniestro, de los tigres de la Malasia y de los de Mompracem, de grifos y gárgolas, de las víboras que se arrastran y de las águilas, altas en el cielo. Felices los cuatro.



César Bisso

Una noche extraña

a Carlos Roberto Morán

(diseño original: Guillermina Bisso)

Largos tragos de whisky estoy bebiendo en una vieja taberna de Berkeley Square. El sonriente Bill me mira y su afilado rostro deforma el viejo espejo. Bill siempre sonrío, aún desde la melancólica pose actoral que lo abriga. Al fondo del salón suena lento y espeso un blues de John Lee Hooker. Intuyo haberlo escuchado en la película *Zona Caliente*, aquel policial erótico con la asombrosa Jennifer Connelly. Cómo olvidarla. Y cómo reconforta estar ávido de belleza. Ya con los vasos vacíos, Bill invita a caminar bajo un cielo sin estrellas. Son pasos fugaces, para ir detrás del humo de su cigarrillo. De pronto comienza a caer una llovizna imperceptible. Bill sigue fumando. Me observa de reojo y dispara una leve mueca robada al rey Lear. “Artritis en la mano. Los dedos hacia adentro hacen de paraguas”. Lanzamos una carcajada. Y seguimos adelante, como dos marionetas perdidas entre luces y sombras. Cuando cruzamos frente a la Catedral de San Pablo siento estallar mi corazón. Hojas de papel con dibujos de historietas comienzan a caer desde la cúpula. Empalidezco. Bill esboza un breve comentario: “Este momento

es cuando quiero ir a la cama y no levantarme”. Aún sin saber por qué lo dijo su perspicacia da en el blanco. Me calma. Más tarde ingresamos al barrio de Piccadilly, donde adormecen resabios de dramas y comedias shakesperianas, viejos estandartes del imperio y quebrantos de la última guerra. Rodeada de esplendentes plátanos asoma la estatua de Eros.

“Con mi traje azul soy más atractivo que esta odiosa piedra, nada tiene que ver con el abolengo británico”, ironiza Bill. “Es mejor encontrarse con los libros de Stevenson, Conrad, Dickens”, agrega. “También Borges”, respondo. Y detenemos el paso. Para qué seguir. Nos despedimos con un abrazo. De regreso, el leve viento húmedo que proviene desde la Setúbal se cuelga de mis gafas quebradizas. Amanece.

Nunca estuve en Londres, pero presumo que el señor Bill Nighy recordará con simpatía mi rostro de asombro cuando lo vi salir de la pantalla del televisor y escabullirse parsimoniosamente en esa vieja taberna de Berkeley Square.

(Santa Fe, 1952). Sociólogo y profesor universitario, ha recibido por su poesía diversas distinciones literarias: Premio José Cibils (1973), el José Pedroni (1997) y el Internacional de la Fundación Honorarte (2003). Fue coordinador del Taller Literario del Rectorado de la Universidad Tecnológica Nacional. Colabora en diarios y revistas. Traducido: inglés, francés, portugués, italiano, alemán, esloveno y turco. Poemarios: *La agonía del silencio* (1976), *El límite de los días* (1986), *El otro río* (1990), *A pesar de nosotros* (1991), *Contramuros* (1996), *Isla adentro* (1999), *Las trazas del agua* (2006), *Permanencia* (2009, antología publicada en Colombia), *Un niño en la orilla* (2016), *Andares* y *De abajo mira el cielo* (ambos de 2019; *Andares* fue reeditado en 2023 y 2024). Ensayos: *Cabeza de medusa* (2014) y *Memorial de los abismos* (2024, edición digital, sobre la creación poética coescrita con el poeta brasileño Florian Martins)

MINIFICIONES



Cecilia Valdez Zúñiga

H. Matamoros, Tamaulipas, 1983. Licenciada en Químico Clínico y en Enfermería. Maestría en Enfermería. Impartió clases a nivel primaria, medio superior y superior en escuelas públicas y universidades privadas. Docente en IGEST CAMPUS 2001. Ecologista, feminista, filántropa, amadora de los animales.

c.e. valzun@hotmail.com

CAFETERÍA

Ella se sentó a leer; tazas, ruido, olor fresco de granos de café recién tostado, un juego de letras, un letrero de salida, los atormentados, aquellos, éstos y nosotros, los oscuros maléficos de una aglomeración de atormentados, era un lugar random, una simple cafetería.

DE NOCHE A DÍA

El sueño es gratificante cuando me acuesto, me doy un baño, me cepillo los dientes, nuevamente me cambio la ropa, ceno, concluyo con mis actividades cotidianas de la tarde, degusto mi comida, cumplo con mi horario laboral, almuerzo, me cambio la ropa, cepillo mis dientes, el cabello; me baño, me despierto, abro mis ojos con una energía tan variante, como mis constantes cambios de pensamiento, y otras veces de personalidad; soy un personaje dentro de una minificción.

BOLIGRAFO

Poseo un montón de bolígrafos; dentro de mi colección se encuentran cualquier clase: caros, extravagantes, elegantes, económicos, prestados, extraviados y rescatados. Habitan en un estuche de caoba, con mis apellidos grabados en la tapa; solo hay uno dentro de todos éstos en particular, uno negro y rustico, de punta fina y sin tinta; este auténtico bolígrafo era lo único que había heredado, pertenecía a mi difunto padre.

EL CANTO DEL RUISEÑOR

Ojalá pudiera tener esta última conversación contigo, poder retroceder el tiempo y decirte cuánto lo siento; de saber que el tiempo ya estaba medido, hubiese sabido cuánto de tu tiempo estaba destinado para mí. Siento que sería mejor, porque estaría apresurada para esto, lo aquello y lo otro. Siempre esperarí que el glorioso canto del ruiseñor se manifestara, y visitara por las tardes, contemplándolo por la ventana, cuando caiga el sol, justo cuando tú, mi estimado amigo repentinamente descansas en paz, al pasar a otro plano.



Alicia Leonor Torres

Tamuín, San Luis Potosí, 1968. Radicada en Matamoros, Tamaulipas, desde 1990. Licenciada en Administración de Empresas y Contaduría Pública. Poeta, narradora. Promotora de lectura. Coordinadora del Maratón de Lectura Creando Lectores. Cuento infantil “Letras de Navidad” (2020). Poemario “Me reivindica la noche” (2021)

c.e. alicialeonortorres@gmail.com

EL ESCENARIO

Me encontraba en un escenario, actuando frente a una multitud. Las luces me cegaban y el ruido del público me mareaba. Algo era diferente. Me sentía cómoda, segura de mí misma. Miré hacia el público y vi a una niña sentada en la primera fila; me miraba con admiración. Era yo misma o una versión infantil de mí. Traía los ojos llenos de sueños y esperanzas. Me sentí confundida. ¿Cómo era posible que yo misma estuviera en el público? Pero antes de que pudiera responderme, la niña se levantó y se acercó a mí.

—Cómo lo haces?, —me preguntó— Cómo puedes actuar con tanta confianza y yo siempre tengo pánico escénico?

Reaccioné y me di cuenta de que no estaba actuando. Sino escribiendo. Creaba vida y mundos posible con sus personajes.

—Es la escritura, —le dije a la niña— es mi verdadera pasión.

La niña me miró con sorpresa y desapareció. El escenario se desvaneció. Miré mi habitación, y me vi sentada frente a mi escritorio. Fue como si hubiera estado ausente por un momento, y ahora estaba de vuelta, lista para seguir escribiendo. Mi lápiz se deslizó sobre el papel, dejando un rastro de palabras que parecían tener vida propia.

EL ABISMO

En el espejo, mi imagen reflejada me era extraña. Una desconocida con los ojos vacíos. Me acerqué, y ella se acercó. Nuestras narices casi se tocaron. Cuando intenté poner mi mano en la suya, atravesé aquel reflejo; rápida retiré la mano y di media vuelta. Toda la habitación estaba llena de espejos. Me reflejaban desde todos los ángulos. Me sentí perdida en un laberinto de cristales. Los espejos empezaron a temblar y se quebraron, uno por uno mientras yo giraba desesperada. Detrás de mí miré un abismo. El vacío me llamaba. Me acerqué al borde y miré hacia abajo. Supe que debía saltar.

INSTRUCCIONES PARA LLORAR

Encuentra un refugio: un lugar seguro, donde las lágrimas fluyan sin miedo. Acompaña tus lágrimas escuchando *Adagio para cuerdas* de Samuel Barber. Deja que el cuerpo sienta, y el dolor te envuelva cada centímetro. Respira profundo el aire denso. Lloro con abandono, soltando lágrimas, como lluvia que cae sin parar. No te detengas, déjalas correr. Recuerda a Rilke: "el dolor es la forma de la vida". Siente el peso, la carga que poco a poco se vuelve liviana. No te juzgues, llorar es humano. Abrazate a ti misma. Lloro hasta el dolor se convierta en cicatriz. Piensa en Cohen: "las heridas son las que nos hacen humanos." Las lágrimas son bálsamo. Justo entonces cambia la música. Tal vez quieras escuchar ahora a Bach. Sigue llorando y renace.

EL ÚLTIMO VERSO

Luá y Arturo leían poesía en un banco del parque. Él le mostró el mundo de las letras; ella se enamoró. Un día, Arturo se marchó sin adiós. Luá esperó sumida en su dolor. Cierta tarde, en aquel banco, ella escuchó una voz:

—Me fui a buscarme entre las letras. Ahora tú búscame en el último verso. En el silencio yo te busco; en la sombra espero que aparezcas— ¿Era Arturo, su voz o su espíritu?

Lua respondió: En las palabras, te encontraré.

Poco después ella publicó su primer libro. En la última página decía:

—Estoy aquí; donde las palabras no tienen fin.

TRAVESÍA DE LA REINA

Emergió de los bosques de oyamel rodeada de sus amigas, listas para comenzar su viaje anual hacia el norte. Con las primeras luces del sol, alcanzaron el cielo azul, siguiendo la misma ruta que sus antepasadas año con año durante siglos. En Oaxaca se detuvieron a renovarse un tiempo y luego continuaron hacia Veracruz, Morelos, Puebla, Valle de México y visitando jardines y campos de flores en cada lugar, a las pocas a semanas llegaron a Texas, donde acamparon en los jardines botánicos de San Antonio y en el parque nacional de Indiana Dunes. Visitaron las flores de zinnia y maravilla, absorbiendo el néctar y polinizando las plantas, para luego posarse, envolver su cuerpo con sus alas, y reducirse mientras iba tejiendo una pequeña vaina donde se decidió a un largo sueño; se dedicó a ser crisálida por unos días, hasta que poco a poco fue destejiendo con la boca los hilos que formaban su contenedor; al quedar libre, y ya sin alas ni probóscide, se dedicó a ser oruga y sintió que se encontrada extremadamente llena y le era difícil moverse; tenía que descender y mientras lo hacía iba vomitando pedacitos de hojas y flores poco a poco, mientras se hacía cada vez más pequeña, hasta que llegó a una hermosa asclepia, la única planta que su madre sabía que podría alimentarla y donde hacía algunos días la había dejado junto con otras de sus poco más de 400 hermanas, cada una en un pequeño huevecillo, pegado bajo de la hoja de una asclepia; luego de aquella tarea, pudo ver tras de la capa traslúcida del huevecillo, a su madre levantar el vuelo y regresar al sur.



Ruth Treviño

Matamoros, Tamaulipas. 2002. Estudiante de la licenciatura en psicología. Ha publicado diferentes textos narrativos y líricos en revistas digitales como “delatripa”, “Nudo gordiano” “La coyol revista” y “La silaba”. También en sitios web como “Elipsis blog literario”, “Cósmica fanzine” y “Sombra del aire”. Es parte de la antología “Un cuento inesperado en México” de la editorial Elipsis.

[c.e. ailindelamora@gmail.com](mailto:c.e.ailindelamora@gmail.com)

DESILUSIÓN

Acostumbrada a contemplar el cielo divisé una silueta. Era una tarde de otoño como la misma cuando nos conocimos. Traje a la mente aquel recuerdo familiar que impedía que sintiera algo negativo por él. Poco a poco dejó de ser una silueta y se convirtió en su presencia frente a mí, con esos ojos penetrantes que aceleraban mi pulso; contemplé el collar que traía puesto, después de todo y, a pesar de lo dolorosa de la ruptura, lo seguía usando. Estaba a punto de reclamar por haberme abandonado, de revelarle cuanto extrañaba sus abrazos, y sonó la alarma. Me encontraba en la desoladora habitación, y era hora de tomar mis medicinas.

SIN CONTROL

Y entonces Caperuza no temió más al lobo, si no que haciendo caso a su ello, decidió saciar sin miedo sus feroces fantasías.

INFIEL

¡Maldito infeliz!, gritó la mujer, mientras preparaba la comida más picante que había hecho en su vida.

SIENDO PRESA

De noche, la recurrente sombra amenazaba con robarme la tranquilidad. ¡Eres mía!, le escuchaba decir antes que el clonazepam hiciera efecto.

BLANCA EN DEPRESIÓN

Suspiró y exclamó "Ya no puedo más, quiero que termine el cuento" mientras las lágrimas se escapaban, el veneno de su manzana poco a poco hacía efecto.

ILUSIÓN

¡Encontré mi muñeca!

Dijo la niña, mientras su madre, guardaba el secreto de haber conseguido una igual por mercado libre.

EFECTO AZUL

Misma mañana, mismo pensar, misma sensación. Un día más haciendo lo que mejor sabía. Cuando pensé que las cosas seguirían igual que antes, cuando estaba tan acostumbrada a su voz misteriosa, finalmente las píldoras hicieron efecto pues ya no cabía más color azul en mí.

EL INDICADO

Mientras cuchareaba mi comida una y otra vez, sentía su mirada sobre mí y pensaba "Este no es el indicado", pues después de meses de salir no me había regalado rosas en ninguna ocasión. Tras tomarme un tiempo para mí, un compañero del trabajo llegó con rosas a pedirme una oportunidad y le dije que sí, pero pasado unos meses no me invitaba a viajar así que no, él tampoco era el indicado. Después de él, creí haber encontrado a la persona perfecta, llevábamos dos años saliendo, habíamos viajado por lugares hermosos, pero nunca me invitó a ningún concierto de rock, definitivamente tampoco era con quien debía quedarme. Por último, duré siete años con quien me llevaba a lugares reservados de mis bandas favoritas, me divertía con él y entre nosotros había química, pero no era lo suficientemente guapo para ser el indicado, por eso fue que terminamos.

Después de una mala comida, cuando la intoxicación no tuvo remedio y mis días llegaron a su fin, nadie reclamó mi cuerpo en la morgue, nadie supo de mi terrible final; después de tanto esperar a que llegara el indicado, ninguno fue quien llenó mis vacíos.

INSTRUCCIONES PARA DEJAR DE ESTAR JODIDO

¿De pronto llegas a ese punto donde sientes que no avanzas y no sabes qué hacer con tu vida? No importa la edad, dicen que pasa cada década. Lo primero que debes hacer para superar la crisis es pararte de la cama, cuidar que sea el pie derecho el que toque primero el piso, después darte una ducha fría para ver si se descongela un poco de serotonina en la reserva. Posteriormente buscar la mejor ropa, ésa que te hace no pelear con el reflejo del espejo, después ir en busca de trabajo. Si te contratan a la primera tuviste suerte y si no, hay que "seguirle buscando" hasta que haya algún lugar donde al fin tu cerebro pueda echarse a volar. Después de un tiempo cobrarás tu primer sueldo y entonces deberás pasar a lo más importante: encontrar un terapeuta para contarle tus penas, para decirle que a pesar de haber seguido las instrucciones al pie de la letra te sigues sintiendo igual de jodido. Pero no te asustes, este instructivo no es una receta mágica, se debe dejar cocinar por lo menos seis meses para obtener resultados.

Nota: Si no se obtienen resultados después del tiempo estimado, consúltelo con la almohada.



Mia Nallely Amaro Arvizo

Matamoros, Tamaulipas. Actualmente estudia la educación preparatoria. Su pasión por la lectura comenzó a los 8 años y es en secundaria cuando comenzó a escribir. Actualmente escribe su primer novela.

c.e. mia.nallel@icloud.com

UNA SILLA

El sudor recorría mi cuerpo, el calor me abrumaba, mi vista borrosa, los abucheos del público la cuenta regresiva del árbitro es lo último que recuerdo después del golpe que me jodió la carrera. Quizás fue mi orgullo el que me impidió rechazar el combate, siempre supe en el fondo que era imposible ganar contra alguien con esa racha de victorias; por eso me esforcé como nunca, todo para que terminara perdiendo contra una silla.

EL BOSQUE

El regreso de mi niña se prolongó. En mi desesperación le rogué al bosque para que la trajera de vuelta, lo que me dio en respuesta fue una pequeña capa teñida de rojo.

LLÁMAME

Contesta, por favor; me dijiste que te llamaré cuando te extrañaré, me prometiste que contestarías sin importar que tan ocupado estuvieras; cúpleme, respóndeme, y sal de esa caja de madera que nos separa.

SED

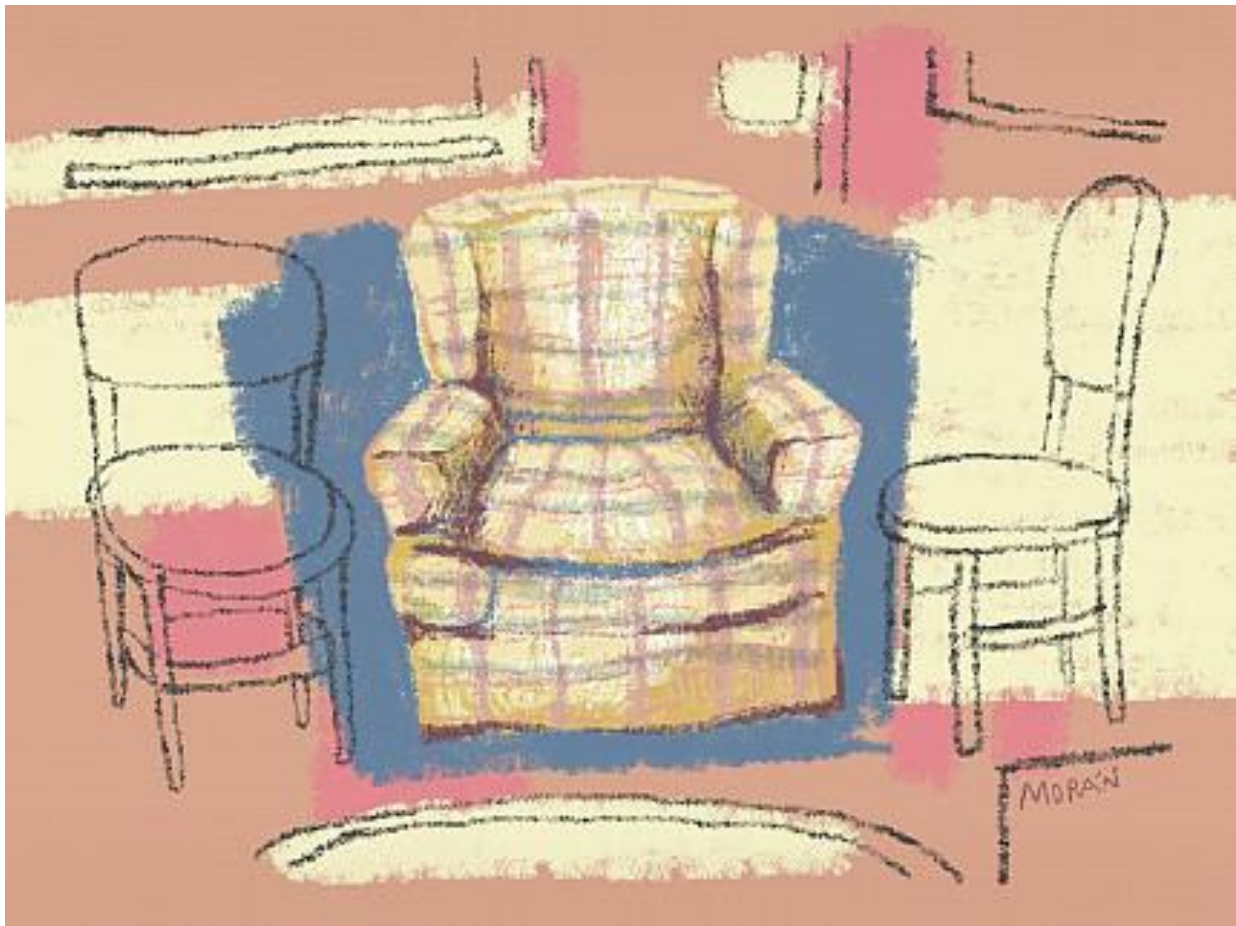
Dijiste que mi copa nunca estaría vacía porque tú serías mi vino. Ahora, contesta, ¿por qué mi vino está en otra copa?

LA ESPERA

Absorta en mis pensamientos no me di cuenta de que llegué a un lugar desconocido, que a la vez me parecía tan familiar. Escuché un leve sollozo. Volteé para buscar su origen; provenía de una pequeña niña sentada en la acera. Cuando le pregunté su nombre, no pude creer su respuesta. Ahora que la miraba bien, era un reflejo de mi infancia. Lo comprendí, esta calle es a la que me escapaba para jugar con los niños del barrio; bueno, cuando podía. No cabía duda de que esa niña era yo. ¿Qué se supone que debo hacer en estos casos? En las películas, cuando pasa esto, uno presume sus éxitos y alienta a su yo del pasado, o le da advertencias y consejos. Si me aconsejara algo, daría igual, seguro lo olvidaría.

¿Qué puedo hacer por ella? ¿Qué pudieras aconsejar a una niña a otra?

Y volví a ver a esa pequeña niña triste que solo quería hacer amigos; la recordé cansada de que la dejaran a un lado, esperando siempre con la ilusión de que la invitaran a unirse a ellos, esperando, solo esperando. Suspiré, bajé mi mochila, me agaché a su altura, y simplemente le pregunté: ¿Quieres jugar?





Víctor H. Orduña

Matamoros, Tamaulipas, 1983. Licenciado en Ciencias de la Comunicación con Maestría en Metodología de la Enseñanza; cantautor, fotógrafo, artista visual y poeta. Primer Lugar Estatal en el Poetry Slam 2019 de la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil.

[c.e. ordunavictor@hotmail.com](mailto:c.e.ordunavictor@hotmail.com)

MULTIVERSO PROFÉTICO

La noche anterior a la Última Cena, Judas fue asesinado por un centurión; sin embargo, Las Escrituras debían cumplirse.

Fue Pedro quien traicionó al Mesías.

DEMOINGRACIA

Desde el día que Sócrates bebió la cicuta, Platón jamás volvió a sonreír.

MACABRO REFLEJO

Las paredes no olvidarán el rostro distorsionado en las pupilas extáticas de Dahmer.

UN TRAGO DE SODA

No habrá lágrimas más brillantes que las de aquella mujer al mirar a su hijo Cerati abrir los párpados.

PLACEBO

Maldita obsesión mundial de querer corregir los espejos.

DIAMETRALMENTE OPUESTO

Podrás tener la pistola y las balas.
Yo a la bestia.

ERROR DE CÁLCULO

La princesa volvió a su sueño al darse cuenta que fue el sapo quien la besó.

OBSTINACIÓN

Un zar, en tiempos pretéritos, mandó prohibir todo tipo de objetos que reflejara la realidad. A veces sucede así, sobre todo, cuando no se acepta la fealdad propia.

CUENTO APÓCRIFO DE UN PAPIRO SIN DUEÑO

El sultán observó el inmaculado diamante entre ese mar de objetos maravillosos recién despertados de un letargo de tres mil años en las profundidades de la Gran Fosa Oscura.

—Por fin te tengo —dijo al sostenerlo entre sus manos.
—No, yo te tengo a ti —contestó la joya y la cueva se cerró para siempre.

POR LOS VIEJOS TIEMPOS

—¡Hey, Murray, juguemos! —dijo una voz extraña que provenía de un lugar indefinido.
—¡Déjame en paz! —contestó, Murray.
—¡Hey, por los viejos tiempos, amigo!
—¡Qué me dejes en paz!
—¡Vamos, amigo, has perdido el entusiasmo! Es Nochebuena, evitemos nuevamente que nazca el Niño Jesús. Anda, cantemos, sé que te gusta.
—¡Qué calles! —contesta, Murray muy enfadado.
Es inevitable, la tonada le carcome las sienes:
“Navidad, navidad, hoy es navidad,
tiempo de matar, de destripar, en la gran ciudad”.
Ahora Murray da puñaladas a un extraño como alegres villancicos.
—¡Jo, jo, jo, jo, jo! ¡Ríe, gordinflón! ¡Ríe! ¡No sabes cuánto me gusta que te tiñas de rojo como un auténtico Santa Claus entre mis manos!

CUANDO QUIERAS ENCENDER UN CORAZÓN

Lo primordial, como en todo canon mayestático, es comenzar invocando a la deidad preferida o con la que se tenga una condena pendiente. El siguiente paso es conseguir el combustible idóneo. El llanto de los coleópteros, el titubeo angustiante de los cocodrilos, las nocturnas melancolías y los espasmos atemporales de las salamandras, suelen tener resultados aceptables. Eso sí, jamás intente utilizar como iniciador ígneo: los fósiles vertebrados de los gnomos ni el sabor cáustico de las intelectualidades ni el rubor mellizo de un extraño fulgor.

Una vez entendido esto, y reunidas todas las fuerzas sobrenaturales que se escurren en los espacios sincopados de dos silencios continuos, se recomienda dar siempre la espalda a la luna una vez iniciado el ritual y con el corazón elegido sobre una placa de lapislázuli invocar con fluidez todas las líneas aprendidas en el Grimorio Sacro de los Milagros hasta lograr ese momento efervescente en donde se conecta el ciclo hiperbóreo de las sístoles con las diástoles.

INSTRUCCIONES PARA ESCRIBIR INSTRUCCIONES

Haga caso, sobre todo, a su intuición maestra. Déjese llevar por el instinto continuo que trae la inspiración metódica e irreverente donde se conjuga el ego y la enormidad. Dirija al grupo, sea esa sombra voraz que taladra la voluntad de querer condicionarlo todo. Usted es el jefe, el guía, el hacedor de imposibilidades: Usted es Dios, construya su propio universo con los débiles adeptos que sucumban ante su persuasiva mirada. No tenga miedo, jamás desista. En su voz imperativa se desdobra el caos y el orden. Solo necesita empezar ahora, el tablero es suyo... ¡Adelante!





J. Andrés Tomás Pérez Olvera

San Miguel, Tolimán. Querétaro. 1953. Estudió hasta la educación secundaria. Actualmente se encuentra jubilado.

c.e. j.andres.tomas0111@gmail.com

PERSEGUIDOR DE LA NADA.

Corro tras vehículos que jamás puedo alcanzar. ¿Los que están orillados no me importan? ¿Por qué perseguir lo que jamás tendré? Persigo lo que se mueve, no lo entiendo, pero acá sigo cada día; es un trabajo aburrido y cansado. En ocasiones persigo lo que sea; el asunto es distraer el tiempo que me sobra. Usarlo en lo que más me agrade.

También me atraen las caricias que tampoco alcanzo; porque las manos se encuentran ocupadas en otras tonterías. Me siento ignorado. Temen que las lastime y por eso siempre me huyen.

En vez de perseguir lo inalcanzable me tiraré a dormir para alcanzar, en mis sueños, lo que en la realidad no obtengo.

YO NIÑO, YO ADULTO.

Me salía de casa para estar con los amigos que nunca faltaban. Vagaba por el pueblo, recogía cacharros de la basura o los que tiraban a la orilla de río, llenándome las bolsas de lo que encontraba: canicas cascadas, tapas de todos tamaños, frascos de ampollitas vacías que parecían pequeños contenedores, como las de la leche que vendía Pirrín, que vivía frente a la plaza.

Ahora como adulto aún sigo guardando un montón de cosas, pero ya no en los bolsillos.

Tengo una casa repleta de tantas cosas que ya ni recuerdo lo que guardo ni el por qué lo conservo. Mi esposa me reclama: Seguro trajiste otro tesoro que jamás utilizarás, hasta que un día tenga que salirme para que guardes tus cosas.

El niño y el adulto en mí no han cambiado mucho. Cada cosa que he guardado por costumbre o apego, sé que ha importado en su momento.

He iniciado una limpieza de objetos que ya no me sirven. Debo sacarlos de allí donde ahora estorban. Solo dejaré lo que más me importa; las cosas que de alguna forma han hecho de mí lo que ahora soy. Les guardaré un espacio enorme que tengo dentro del corazón.

ESPEJO RETROVISOR

Recorríamos el camino con curvas de la ruta que se había trazado previamente, nos desplazábamos en grupo los ciclistas en ese trayecto lleno de montañas con desfiladeros imponentes y riesgosos. Estuvimos de acuerdo en este recorrido, aún sabiendo lo riesgoso que era, pero le ponía más adrenalina a nuestra aventura.

Veo por el espejo de mi bicicleta como iban pasando las rayas blancas marcadas en el centro de la carretera, los señalamientos, rocas, árboles, los compañeros que me rebasaban y al fondo de los barrancos vi un sinuoso río lejano hasta ahí, abajo del camino.

Habíamos recorrido ya, en ese día, varios kilómetros y aún era media tarde. Alguien sugirió con un grito que sería bueno detenernos un poco, para descansar los cuerpos adoloridos de muchos de nosotros. El grupo se orilló y uno a uno fueron llegando como si fuera una parvada de pájaros que aterriza en el suelo.

Desmontaron de sus bicicletas para estirar las piernas, sobarse las pompis adoloridas por permanecer sentados durante tanto tiempo en un asiento diminuto y poco acolchonado. Muchos con sed bebieron de los termos para refrescarse, pero no para hartarse sino para mitigar levemente y refrescar la boca. Algunos se sentaron sobre la hierba fresca para reparar las fuerzas perdidas durante el trayecto. El grupo se sentía feliz, hacían comentarios de las sensaciones vividas ese día estaban eufóricos, felices.

Yo, aún sigo viendo pasar, como en un video, las cosas por el espejo; con la diferencia que ahora las imágenes se ven más lejanas de lo normal. Sacudo la cabeza y no responde. Veo la arena del río frente a mi cara, mi mano está dentro del agua; no siento su frescura, me sorprende al no sentir cansancio o sed alguna, tampoco escucho las voces de mis compañeros, quienes, desde lo alto, me hacen señales. Los veo, pero no siento nada.



LA GUITARRA HERIDA.

Me llevaron con un carpintero disque muy bueno para hacer reparaciones de cualquier tipo; según, solo él podría lograr que yo quedara bien. Me querían tirar a la basura. No recuerdo cómo se me rompió el cuello cerca de las manijas que giran para tensar las cuerdas.

He escuchado que cuando algo se rompe es mejor tirar que reparar, sin importar que los objetos algunas veces hayan sido útiles. Yo sé que les proporcioné algunas alegrías. Ya no lo recuerdan, por eso pensaban desecharme.

El carpintero aquel, pegó las piezas de mi cuello roto. Me dejó lista, me entregó feliz por el trabajo realizado. Colocaron cuerdas nuevas y con un nuevo brillo me sentía radiante. Tensaron las cuerdas y mi cuello resistió. Los primeros acordes no convencieron a mi dueña. Yo no sonaba bien. Me escuchaba hueca, sorda, una guitarra infeliz.

No se entendía lo que sucedió El carpintero en algo falló. No devolvió mi sonido, pero extirpó el corazón.

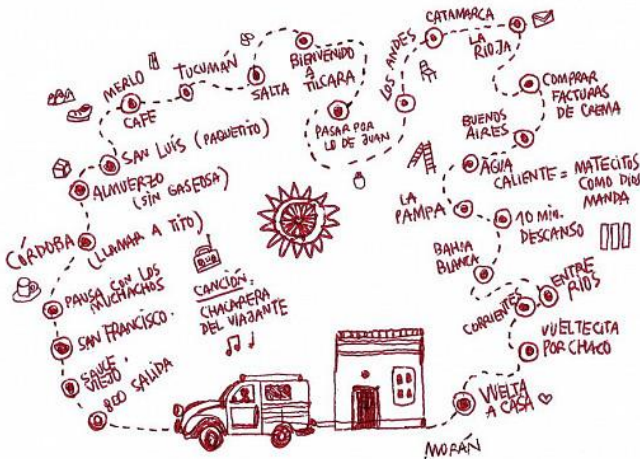
MI DESEO DE VOLAR.

Me imagino volando desde un ala delta o en paracaídas. Admiro imágenes de valles verdes, montañas, lagos, casas y objetos diminutos desde esta altura. Planeo con gran emoción. El viento refresca mi cuerpo, secando el sudor que me embarga todo. Soy un loco volando. He soñado con este momento toda mi vida. Y a pesar de ser sólo un deseo enorme de volar, el miedo de caer me paraliza. Me mantiene inmóvil en el suelo.



Efrén Hernández

Matamoros, Tamaulipas, (1998). Ingeniero electrónico



ÉI Y ELLA

Él gritó. Ella gritó aún más enfurecida. Él aún más enfurecido la abofeteó. Y Ella se fue llorando hasta la cocina. Él se sentó en la sala a ver el televisor un rato cuando ella reapareció al lado suyo, alzando un cuchillo en la mano. Él, al ver que ella movió hacia él el cuchillo, cerró los ojos y al no percibir el tajo, los abrió de nuevo. Ella había acuchillado su propio vientre. Él, atónito, la miró a los ojos. Ella dijo: Este hijo tuyo, jamás verá la luz.

ETERNO

Cuando niño esperaba que la vida tomara mis sueños para hacerlos realidad. Cuando joven, esperaba que la vida me diera opciones para poder saber cómo vivirla. Ya de adolescente, le pedí a la vida que me esperara, porque sentí que se estaba yendo demasiado rápido. Una vez adulto, le pedí la muerte a la vida, porque esperaba que con ella se terminara todo este dolor, a causa de las largas esperas.

Al final me di cuenta de algo muy importante. No se trataba de esperar a la vida, sino de ir a por ella. Ahora estoy aquí, esperando que la muerte me dé otra oportunidad.

Pero la espera será eterna.

INSTRUCCIONES PARA CONVERTIRTE EN ÍDOLO DENTRO DE UNA SOCIEDAD DOMINADA POR MEDIOCRES.

1. RENUNCIA A TODA INTELIGENCIA O ESTUDIO

Destacar siendo intelectualmente superior te hará ver como fenómeno, estarás condenado al exilio y a la discriminación por pensar diferente.

2. EXPLOTA TEMAS SOCIALES POPULARES

La moda mueve la mente del mediocre, todo lo que esté en tendencias siempre te dará fama y respeto sin importar que dicha moda esté o no en lo correcto

3. EL MORBO MATA EL ARTE

No te esfuerces mucho por lo que darás a tus seguidores. Ejemplo: Como cantante o músico, no busques letras complejas ni líricas musicales académicas, basta una melodía pegadiza, un buen bombo y una letra de contenido vulgar, lascivo y/o que glorifique un estilo de vida delincuencial

4. LLAMAR LA ATENCIÓN

Usa todos tus recursos para difundir aspectos bizarros de tu vida, presenta una forma de vestir muy abigarrada o lasciva, haz comentarios y opiniones controvertidos, conflictos, etc.

¡Y LISTO!

Así podrás destacar dentro de una sociedad podrida, llena de mediocres que acostumbran a ignorar la grandeza del genio mientras se postran ante el más absurdo monolito.

MENTIRA PIADOSA

—En uno de esos eventos raros de la vida me topé con mi yo de 8 años

—¿Y qué te dijo?

—Me pregunto si ya habíamos cambiado el mundo.

—¿Y qué respondiste?

—Que sí lo hicimos. Después se fue corriendo con singular alegría

—¿Y por qué le dijiste eso?

—Porque no tengo el valor de ser honesto conmigo mismo.

EN UN PRINCIPIO

En un principio existía todo, un mundo lleno de irreverente vida con ciudades, naciones, personas y más. Hasta que un dios supremo apareció y dijo:

—Que la vida perezca.

Y con un sople de aliento mortal, destruyó todo lo que pudo: ciudades, pueblos, hombres, mujeres, etc. Dejando el mundo en un caos total.

A este desastre lograron sobrevivir algunos animales, quienes con el pasar del tiempo, empezaron a poblar lo que había quedado del mundo. Vegetación y maleza fueron adueñándose de las ruinas de las casas y edificios, convirtiéndose en una especie de “paraíso primitivo”.

En el caos lograron sobrevivir dos humanos, hombre y mujer, quienes vivían ocultos de los ojos de aquel dios destructor. Tapaban sus cuerpos con harapos y hojas de árboles, de donde también obtenían frutos para alimentarse, pero con el tiempo se acostumbraron a estar desnudos. Un día fueron en busca de comida y se encontraron con un árbol de manzanas; pero cuando el hombre quiso tomar una fue atacado por una serpiente.

La serpiente, que era gran amiga de aquel dios, de inmediato fue a advertirle que aún existían humanos y que uno de ellos quiso profanar su árbol favorito.

Dios buscó a aquellos sobrevivientes con la intención de acabar con ellos; cuando los encontró desnudos y miserables, tuvo la idea enfermiza de conservarlos para él, como si fueran mascotas o juguetes; decidió llevárselos a su cielo, pero justo en el momento en que les puso una mano encima, éstos de forma grotesca murieron desintegrados en barro.

Aquel dios, molesto por lo sucedido, hizo una inmensa rabieta y exclamó enfurecido:

—¡Que toda la luz se desvanezca!

Sumiéndolo todo en una eterna oscuridad.





Estrella Gracia González

H. Matamoros Tamaulipas, México. 1979.
Licenciada en Ciencias de la Comunicación. Asiste al Ateneo Literario José Arrese y al Taller de Apreciación y Creación Literaria. Obra publicada: Inventiva, libro de cuentos, 2023.

c.e. graciaestrella1@gmail.com

PRESENCIA

Rasgaba y lamía mi piel bajo las sábanas. Al destaparme seguía estando sola.

ESCRITOR

Se encontró frente ella, permisiva y a su disposición. No supo qué hacer; la arrancó para que fuera una más escondida en el cajón.

ENCUENTRO

Ven, pequeña, siéntate junto a mí; y pláticame todo aquello que soñaste en tu infancia; porque con el paso de los años lo olvidé.

COMO VERNE

Se mece frente a la ventana con un viejo libro entre sus manos; un libro que desde la infancia acompañó su vida llenándola de aventura, ficción y fantasía. Hoy brotan lágrimas sobre la surcada piel. Su libro en la mano, los últimos rayos de sol. Pronto dará comienzo el verdadero viaje al centro de la tierra.

MUEBLES

Por lo regular los objetos se movían a medianoche; nadie más habitaba mi casa. Temprano debía levantarme para ir a trabajar, una agobiante jornada de más de 10 horas, que por más de 25 años me tenían molida. Y esos objetos a medianoche interrumpiendo mi sueño.

Una capsula no me ayudaba a conciliar el sueño... tal vez dos... quizás tres... ¿por qué no todo el frasco?
Pedí ser la mecedora, cada uno goza ser lo que ha deseado.

REFLEJO

A través del espejo veía la espalda del hombre que deseoso la poseía. Miraba su reflejo lo besaba sin dejar de pronunciar cuanto lo amaba. Él, sin respuesta, se limitaba a gozar el momento. Siempre de espaldas, frío como el espejo.

OTRA ALICIA

A pesar de la orden no dejó de comer ni de beber, ni de crecer o encogerse; vivió a placer.

LA DECISIÓN

Giré las manecillas del reloj y mi piel comenzó a cambiar; en cada vuelta un retroceso. Volver el tiempo era así de simple. ¿Por qué no se me ocurrió hacerlo antes?

Me vi más joven y en la compañía de mi familia y de mis amadas mascotas.

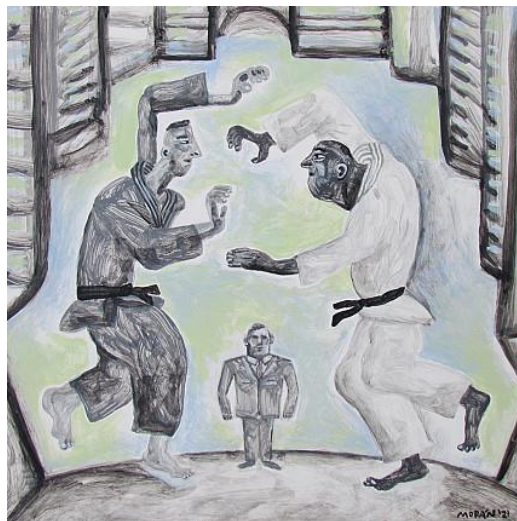
Continué girando las manecillas para cambiar aquellos errores que cometí en la juventud y después durante la infancia; pero me detuve, si seguía girando las manecillas dejaría de existir, olvidaría todo y yo quiero morir consciente de cada momento que he vivido.

SAZÓN

Siempre galán y adulator con las palabras, a más de una nos hizo el amor. Con un poco de orégano, sal, laurel, ajo y cebolla preparé su lengua. Quedó deliciosa.

PUREZA

Lo abracé a mi pecho como se abraza a un recién nacido. Su corazón ahora palpitaba solo para mí.





Sunhaila Minelly Sánchez Barrientos

Victoria, Tamaulipas (1997) Licenciada en Psicología.

Textos inéditos en la cuenta de Instagram:
[@sunh.aila.mi](https://www.instagram.com/sunh.aila.mi)

EL PRIMER INSTANTE DE LA ETERNIDAD

Levanté la mirada del libro y ahí estaba él, mirándome de regreso. Estábamos pasando el rato en la habitación, en un silencio agradable y la comodidad de la compañía. Él fue el primero en hablar:
—No te voy a conceder tres deseos, voy a concederte solo uno, pero será gratis: sin costo ni sufrimiento; y rellenaré todos los huecos en lo que digas. Así que..., entiendo si necesitas tiempo para pensarlo y...

—Quiero ser inmortal —dije de inmediato, interrumpiéndolo con una certeza que me sorprendió incluso a mí misma.

Una sonrisa traviesa emergió en sus labios.

—¡Vaya, sí que hay un vacío enorme en esas palabras! —exclamó él, con esa chispa que lo caracteriza— podría hacerte inmortal, y permitir que envejecieras, o inmortal sin hacer tu cuerpo indestructible, pero te lo concedo —dijo, aproximándose a mí y dándome un beso la mejilla— Mírate, ahora eres joven, bella e indestructible para siempre.

Sentí el calor de su magia en todo mi cuerpo. Nos sonreímos mutuamente.

—¿Por qué pediste ser inmortal? —preguntó después de haber hecho su trabajo.

—Para estar contigo —aclaré y me sumergí en sus labios.

RESQUICIO DEL INFIERNO

“No, no soy real, no existo” dijo el demonio, exasperado al reconocer que su propia existencia significa aceptar la existencia de Dios. Y no había nada que lo molestara más.

CONSEJOS PARA SOÑAR CON TUS VIDAS PASADAS

Lo primero es “no pensar”. Debes irte a dormir como cualquier otra noche, haciendo lo mismo de siempre; lo que nos interesa llegará por sí solo y sabrás que es verdad.

Lo segundo es abrir la mente, porque lo que somos ahora no define lo que fuimos antes. Hoy eres una persona capaz de comprender esto, pero en tus vidas anteriores pudiste ser un árbol o el campesino honrado que miraba por más tiempo la tierra y no las nubes.

Lo tercero es prestar atención a lo que sueñas, aunque si quieres poner en práctica estos consejos es porque has llenado más de un diario de sueños. ¿Cuáles son los sueños que interesan para este propósito? Los sueños en los que no somos nosotros mismos, pero nos sentimos como nosotros mismos. Recuerda: esto solo aplica si eres un alma que ha vivido más de una vida y eso es algo que solo tú puedes descubrir.

EN LA CASA DEL INVENTOR

“No es real hasta que uno lo mira” había explicado alguna vez el señor de la casa, a sus colegas científicos. Yo no tengo mucho tiempo siendo sirvienta aquí, en esta enorme residencia cuyo nombre de los dueños me cuesta pronunciar. Catalina, el ama de llaves, me había advertido de la segunda habitación en la planta alta, porque ahí se guardan cosas y objetos extraños: “Ten cuidado” había dicho, y nada más. Luego me envió a limpiar. Al llegar, quise empezar con la gran ventana, la cual, en lugar de dar al exterior, mostraba otra habitación grande y oscura.

Al principio no puse mucha atención al hombre corpulento que pude ver entrar ahí; vestía de forma extraña y arrastraba una caja negra detrás de sí. Mi curiosidad despertó cuando una luz se encendió en su mano; parecía hipnotizado por ese pedazo de vidrio que emitía algo como imágenes y colores. Yo también quedé fascinada ante tal artefacto, jamás había visto algo similar. En un parpadeo, la ventana cambió y pude ver que solo era un espejo.

Desde entonces, cada vez que vengo aquí a limpiar veo a personas distintas, siempre distantes, siempre extrañas. Me gusta pulir este espejo. Pero no he dicho nada a nadie, mucho menos al señor de la casa: él está obsesionado con ver el futuro y cree que ninguno de sus inventos ha funcionado.



ANTI-AGUA

Supe que podía respirar bajo el agua a los 5 años. Mi papá me estaba enseñando a sumergirme y aguantar la respiración. Era la primera vez que entraba a una alberca. En el fondo de la piscina, cuando se me acabó el aire, sentí como si mi pecho se abriera de alguna forma, deseando respirar, pero una horrible sensación de ardor me invadió por el agua clorada.

Desde entonces tengo estas marcas entre las costillas, como si la piel fuera más delgada, estriada, con unas líneas en forma de rasguños. Quise ignorarlo, así que evité cualquier situación acuática en el verano, hasta que cumplí los 12 años.

Fuimos a la playa, y de una forma u otra terminé con el agua hasta el cuello en esa zona del mar que se encuentra entre la playa inofensiva y a un paso de tragarte hacia lo más profundo. Mi cuerpo intentó absorber el agua de nuevo, pero se sintió como respirar en un entorno lleno de humo. En este punto sentía resignación ante tal rareza. Me autonombré “anfíbio” y traté de seguir con mi vida, temiendo ser anormal, como esas cosas que afectan a los adolescentes.

Ha pasado un buen tiempo. Hace poco tuve oportunidad de ir a un río transparente. Al sumergirme, sentí como si respirara el aire más limpio y puro que jamás hubiera respirado. Al parecer, soy de agua dulce. El problema es que solo mis pulmones responden a esta anomalía. El resto de mi ser es anti-agua: no sé nadar; mis ojos son hiper sensibles, por lo que me es imposible abrirlos bajo el agua; todos los seres acuáticos me parecen nauseabundos: peces, crustáceos o algas.

Ojalá me gustara el agua. Ojalá pudiera ver belleza en un mundo submarino y no tener los pies bien plantados en la tierra.





Inés Legarreta

DE LEJOS Y DE CERCA

Nació y reside en Chivilcoy, Pcia. de Buenos Aires, Argentina. Es narradora y poeta. Tiene 8 libros publicados de narrativa (cuento y nouvelle): “En el bosque”, “Su segundo deseo”, “La Dama habló”, “El abrazo que se va”, “Tristeza de verse lejos”, “La turbulencia del aire”, “La imprecisa voz que me sueña” y “Un abanico que apenas se abre”-“Una luz que no daña ni enceguece”. Tiene 6 poemarios publicados: “La puntada invisible”, “El jardín desconocido”, “Una gramática para mis sueños”, “Un amor doméstico y oscuro”, “Ojalá fuéramos esta única noche” (breve antología de sus trabajos) y “De lejos y de cerca”. Entre los premios recibidos en narrativa se destacan el “Premio Iniciación de la Secretaría de Cultura de la Nación”, la “Faja de Honor” de la SADE, la Beca Creación del Fondo Nacional de las Artes, el “Premio Único del Gobierno de la Ciudad” de Bs. As., el “Tercer Premio de Literatura del Gobierno de la ciudad de Bs. As”, “Medalla de Oro” y “Medalla de Plata” como Mujer Destacada Bonaerense” otorgadas por el Senado de la Provincia de Bs. As. En dos oportunidades recibió el “Premio Nacional de Los Cuentos de La Granja” de Segovia, España, además de ser finalista y accésit en otras ocasiones. En poesía recibió el “Segundo Premio de la Fundación Victoria Ocampo”, Menciones de Honor en el Concurso Nacional “Adolfo Bioy Casares” y en el “Concurso Nacional de la Fundación Argentina para la Poesía”. Recientemente mereció el Tercer Premio en el “Primer Concurso Nacional de Poesía Inés Manzano 2022“. Algunos de sus trabajos han sido traducidos al inglés, italiano y alemán. Figura en numerosas antologías de narrativa y poesía. Coordinó talleres de escritura y lectura. Co-dirigió la revista Literaria Fledermaus. Co-dirigió el ciclo “Narradores Argentinos” en APA (Asociación de Artistas Premiados Argentinos). Coordina el ciclo “Palabra Poética” y el “Ciclo de Entrevistas” en la Sociedad Francesa de Chivilcoy.



VI

Después de la muerte de mamá no había tristeza en la casa.
 El pasado se acomodó a nuestro mirar de cerca y de lejos: fotos en la plaza
 con gente vestida a la moda de los 50/y de los 40/y de antes también/
 el instrumental quirúrgico de papá/los tarros de lata ingleses/toallas y toallones usados/
 ceniceros/fichas/cartas/libretas/nombres desconocidos/
 sillas rotas/elementos de cocina/envases de cremas y perfumes/revistas y diarios.
 Al anochecer mi hermana y yo sacábamos aquellos restos de otras vidas
 a la calle
 en el cuerpo

aparecía la culpa

un leve giro de la cabeza

-hacia ambos lados

de la vereda-

como buscando quien asintiera al desguace de la historia.

Cada tanto el ruido de un auto o una moto y luego la soledad del silencio.

A la mañana siguiente
 las hojas de los árboles
 y un ligero desorden
 de papeles.

¿Morir es esto?

VII

La frutera en la mesa el canasto con verduras
 el pan y el queso un vaso de vino tinto
 podrían haber compuesto un cuadro de Velázquez Rembrandt o Caravaggio
 según la luz y la fuerza de la pincelada
 según el hambre o el ansia de eternidad de quien observara la escena
 pero ninguno de los que merodeábamos en la cocina
 cuchara en mano
 pensaba en las posibilidades cotidianas del arte.

Hubiera hecho falta
 -entre otras cosas-
 alejarse
 para alimentar
 esa indiferente avidez de la memoria
 que pone flores
 en floreros delicados
 y en tumbas.

VIII

En el sótano estantes con botellas
 de un lado las llenas del otro las vacías

envases como ofrenda a la Difunta Correa
en cada fiesta o celebración.
El flujo de etiquetas era el reaseguro
de la mesa extendida el mejor mantel
los cubiertos de alpaca las copas de cristal
aunque el griterío el cuchillo en el piso un vaso
roto
el desorden en las prendas de los hombres
las servilletas sin uso
rastros
de la intolerancia en las costumbres
que las mujeres de la familia
en silencio
se empeñaban en borrar.

Eran tíos primos hermanos parientes políticos
el grado medio de gestos despóticos
posibles
de una mesa argentina.

IX
A mi hermano Oscar Luis

Descalzos
en bicicleta
en medio de pastizales cielo y
las paredes de una casa
andábamos
como los benteveos y las lechuzas
que nos chistaban
desde los postes de la luz.

Todos los días
un horizonte cercano
aunque lo mejor era la mutua confianza
aquella sensación de que no había nada hostil
ni ciego en el mundo sin saber entonces
(imposible detallar el tiempo y sus quebrantos)

que sólo nos encontraríamos
muchos años después
en un relato dulce y algo triste: jugando
sin riesgo
en un papel
con tan pocas palabras.

X
Mi madre prefería el encierro.
Apenas pasado el mediodía velaba el sol
desde lo más íntimo de su corazón leve.
Extender los brazos para asir las persianas
blancas
del consultorio de las habitaciones del
comedor
no fue un ejercicio ajeno
a la música clásica a las lecturas en francés
o al sillón del living
en donde pasó más tiempo que en patios o
jardines.

Casi nunca en reuniones escolares.

La misma sonrisa desasida/la misma melancolía
elegante
tiene en una foto a los 23 años.
Extranjera de casi todo
es probable que haya habido en ella
una artista
que se negó a nacer.

XII
Si miramos de cerca vemos en detalle
si miramos de lejos
es la perspectiva el panorama el contexto

en donde explicarnos
sin embargo
de aquel puntual acontecimiento
de aquel dolor de aquella queja que parecía no
tener fin
de este color de ojos esta piel estos pies anchos
estas manos con que escribo
qué puedo decir
que no sea
prestado
o fugaz.

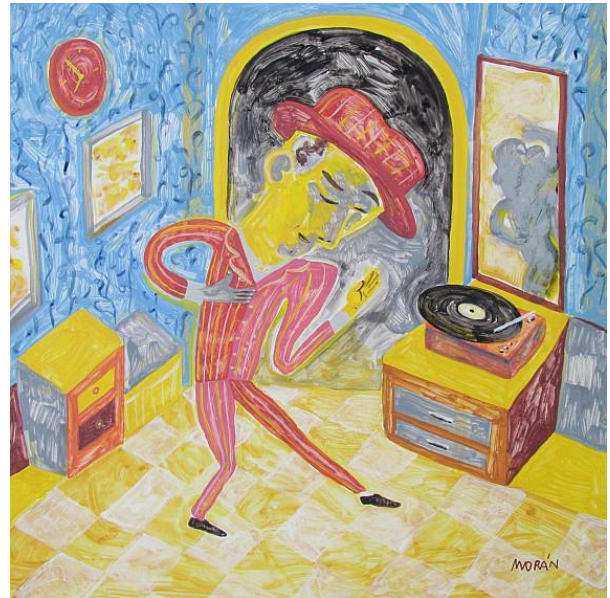
XIII

En la sala de espera los pacientes de mi padre
componían un vasto cuadro de enfermedad
y promesas de salud guiadas
por su hablar educado de manos firmes.

De igual modo era frecuente
que interrumpieran la placidez
de nuestras noches con timbrazos
corridas de madrugada o a la hora de la siesta
urgencias que dejaban sangre en el piso del
consultorio
en las batas largas y en las toallas blancas de
papá.

Sangre coagulada
seca

como el dolor de las madres
en la espera del milagro.



XIV

Sangre en baldes
ropa que luego sería sometida
a un tratamiento profundo de limpieza
ropa que se enjabonaba y refregaba más de una
vez
hasta borrar el rastro
de la herida/la sutura/el bisturí.

A la hija

la sangre así lavada
verla diluirse bajo la canilla abierta
verla perderse por las hendidias del tapón de la
pileta
ver los coágulos perdurar unos segundos
en las manos
sentir el olor inconfundible
antes de desaparecer por las cañerías
le fundó un paisaje.

Bello y atroz
el rastro de sangre en la nieve.

*Poemas del libro "De lejos y de cerca", Ediciones en
Danza, Buenos Aires, 2023.*



Fernando



Sorrentino

UN PROYECTO LUCRATIVO

(Buenos Aires, 1942). Escritor y profesor de literatura. Ha publicado ensayos, cuentos y entrevistas. Ha colaborado en los periódicos La Nación y La Prensa, entre otros. Muchos de sus cuentos han sido traducidos y publicados en más de veinticinco idiomas. Sus últimos libros de cuentos son Los reyes de la fiesta, y otros cuentos con cierto humor (2015) y Para defenderse de los escorpiones, y otros cuentos insólitos (2018), ambos publicados en Madrid por Apache Libros. Autor de Siete conversaciones con Jorge Luis Borges (1974), cuya más reciente edición es la de la Editorial Losada (2007).

1. FUERA DE LA LEY

Cuando me mudé, desde la Reina del Plata hasta la localidad suburbana de Martínez, observé que la mayor parte de las casas mostraban jardín o cochera al frente. Unos cuantos propietarios acostumbraban dejar —conectada a la canilla— la manguera con que regaban el jardín o lavaban el auto.

Circunscribiéndome al cuadrilátero comprendido por las calles Fleming, Dardo Rocha, Carlos Pellegrini y Paraná, ejecuté un cálculo matemático cuyo resultado fue que, en esa área, habría —considerando el habitual margen de error de toda estadística seria— 10.920 mangueras.

Ahora bien: si consideramos que el precio promedio de una manguera de mediana calidad es, en la Argentina, el equivalente de treinta dólares estadounidenses (la inflación me veda formular el cálculo en moneda nacional), obtenemos como resultado que el conjunto de mangueras disponibles en esa zona de Martínez representa una cifra de 327.600 dólares.

Para una persona como yo, docente de literatura jubilado que siempre ha vivido de su escueto salario, los 327.600 dólares desencadenaron mi codicia.

Las mangueras eran muy vulnerables al hurto: bastaría introducirme en el jardín, practicar la desconexión entre manguera y grifo, y apoderarme así de esos futuros tesoros.

Pero no estaba dispuesto a destruir mi reputación de honestidad dándome a conocer, en el vecindario, como vulgar ladrón de mangueras. De modo que cierta noche me encasqueté una gorra cuadrículada que me tapaba hasta las cejas y cubrí mis ojos con un antifaz negro.

Así caracterizado, a la una de la madrugada de un lunes de junio inicié mi actividad de maleante. Debo acotar que, en las noches de invierno, encontrar un transeúnte en las semi desiertas calles de Martínez son casi tan difícil

como hallar un bidet en los Estados Unidos. Tal soledad facilitaba mis planes.

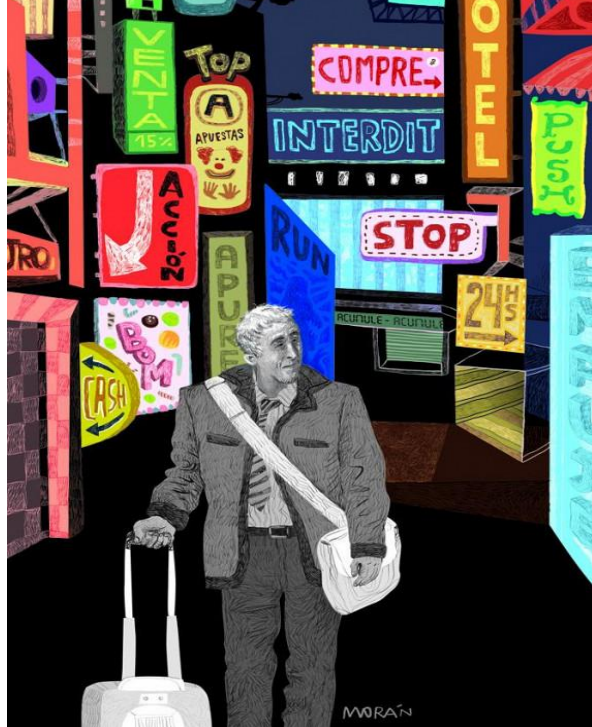
Resulta bastante sencillo ingresar en los jardines: en algunas casas están separados de la acera por solo un muro que no alcanza un metro de altura. En otras basta con empujar la puerta (muchas veces cerrada sin llave). En el caso más complejo es necesario trepar por las verjas, nunca demasiado elevadas (por otra parte, conservo, desde mi infancia, el hábito de escalar árboles o postes del alumbrado público, una suerte de módico alpinismo).

Salí esa noche, pues, a mi calle Juncal y empecé por apoderarme de la manguera de la casa que, a la derecha, es limítrofe con la mía. Continué en dirección a la calle Fray Luis Beltrán y, con la precaución de no incursionar en aquellas viviendas en que un abominable perro profiere el ladrido de alarma, recaudé siete mangueras más, que me colgué en el hombro izquierdo.

Di, en suma, la vuelta a la manzana (Juncal, Beltrán, Córdoba y Pringles) y volví a casa con treinta y dos mangueras, de calidad más o menos similar. Con el fin de no despertar suspicacias, también “robé” mi propia manguera. Las treinta y tres piezas de caza fueron alojadas en el altillo, ático, desván, mansarda o buhardilla de mi casa, habitáculo más conocido con el anglicismo de *playroom*, apocopado en *play*.

2. EL ALTILLO

Sea cual fuere su nombre, mi altillo es descomunal, pues abarca casi la total superficie cubierta de la casa. Como en invierno lo perforan las agujas del frío polar y en verano braman sobre él los fuegos del ecuador, ningún artefacto para aumentar o disminuir la temperatura surte el menor efecto en tan dilatada área. Por tal motivo, en la parte que da a la calle hice levantar una mampara que, llegando desde el suelo hasta el



techo, convierte a este sector en una pequeña oficina fácil de caldear y de refrigerar.

En este paraíso dispongo de escritorio, computadora, impresora, escáner, libros, papeles, tijeras, útiles escolares, etcétera. En fin, todo lo necesario para realizar actividades que me agradan: por ejemplo, leer literatura y redactar verídicas historias que, más tarde, lectores descreídos y malintencionados consideran meros ejercicios de ficción.

El espacio que no es oficina triplica con creces el tamaño de aquella. Allí tengo la biblioteca principal, varios muebles, heladera, microondas, elementos para preparar mate o café, y otros enseres de carácter práctico.

Y —no por dejarlo para el final, menos importante— en ese sector viven mis dos ancianos gatos: Bam Bam —macho siamés de diecisiete años— y Kitty —gata negra y huérfana que, hace dieciocho, recogí de la calle cuando aún conservaba el cordón umbilical—. A pesar de la larguísima convivencia, ambos felinos —castrados— nunca cultivaron amistad alguna y menos aún entablaron romance.

Este excursión geográfico-histórico-zoológico es indispensable para consignar que las treinta y

tres mangueras fueron depositadas en la zona mayor donde viven los gatos y no en el rincón menor que destino a oficina.

3. CONSECUENCIAS Y NUEVAS EXCURSIONES

A la mañana siguiente de mi primera piratería varios vecinos de la calle Juncal al 1300 comentaban en las veredas el masivo robo de sus mangueras. Yo, muy preocupado, me uní a esos coloquios, en los que, tras introducir hipótesis erróneas sobre la posible identidad del delincuente, me despedí agregando fuertes anatemas contra el ladronzuelo en cuestión.

Esa misma noche perpetré otra correría, eligiendo en este periplo una manzana relativamente distante, donde no habrían llegado noticias del latrocinio de la víspera: la comprendida por las calles Vélez Sarsfield, Beruti, Santiago del Estero y Necochea. Esta vez mi cosecha fue más rica: pude incautarme de treinta y cinco mangueras.

Merced a esta eficacia, al volver a casa ya acumulaba un total de sesenta y ocho mangueras. Algunas enroscadas, otras extendidas, ocupaban un espacio relativamente amplio en el habitáculo de los felinos.

Prefiero no abundar en detalles aritméticos (y, por lo tanto, aburridores). Baste decir que, un buen día, llegué a tener en el ático 4.937 mangueras. Me hallaba lejos, es cierto, del ideal aproximado de 10.920, pero ya me estaba acercando al cincuenta por ciento de esa cifra. Calculé que, en dinero, esas 4.937 mangueras equivalían a 148.110 dólares.

Entonces una brusca lucidez me hizo advertir que, en las labores de reunir esa cantidad de mangueras, yo había perdido por completo la noción del tiempo insumido. Sin duda excedía el que se computa en meses, pues alcancé a establecer que más de tres inviernos se habían sucedido.

Por otra parte, me hallaba bastante cansado. Las expediciones nocturnas me causaban un gravoso estrés, pues siempre se hallaba latente la posibilidad de ser identificado, arrestado y encarcelado, cuando no asesinado por algún vecino colérico. En consecuencia, decidí tomarme vacaciones sin límite fijo y durante ese lapso abstenerme de cometer delito alguno.

Así lo hice. Durante el día permanecía en mi oficina, leyendo o escribiendo, o, simplemente, entregado a la feliz conjunción de mate e Internet. Cada tanto, echaba una mirada panorámica sobre el conjunto de mis 4.937 mangueras y me sentía orgulloso de poseer, en potencia, un capital de 148.110 dólares.

4. PUNTO DE INFLEXIÓN

El hecho es que, de la noche a la mañana (literalmente), mi vida sufrió un trastorno serio.

Corría el verano, no sé si del año siguiente del siguiente, o del siguiente del siguiente del siguiente. Ese anochecer dejé, en el ático, todo en orden, para continuar con mis trabajos a la mañana siguiente, y me retiré pisando con cuidado entre el bosque de las casi cinco mil mangueras de goma que ocupaban la mayor parte de la superficie del altillo.

No sé si alguna vez dije que poseo el hábito de levantarme temprano. Cuando, a eso de las siete, emprendí el ascenso por la escalera, me sorprendió que ambos gatos me esperasen al pie de la misma, más exactamente donde una puertecita de madera y una cortina de plástico marcan el límite entre el primer piso de la casa y el comienzo de la escalera que conduce al ático. (Esa puertecita y esa cortina constituyen una frontera cuya función es impedir que dichos felinos invadan otros ámbitos de la vivienda.)

Por la razón que fuere, permanecen siempre arriba, pero esa mañana, como dije, los encontré al pie de la escalera, y su actitud me pareció extraña

y temerosa. También yo me asusté un poco ante la posibilidad de alguna anomalía ignota: no olvidemos que, en las historias de terror, sótanos, áticos y escaleras de caracol son emblemas obligatorios.

Sin embargo, sobreponiéndome, aunque con pasos trémulos, subí la escalera (que no es de caracol) y, apenas me asomé al altillo, tuve que concretar una serie de acciones urgentes: bajar a toda velocidad, rescatar los gatos, cerrar la puertecita de madera, bajar la cortina de plástico y asegurarla con sus topes contra el piso.

5. POLICÍA ARISTOTÉLICA

Tomé el teléfono y llamé al 911.

Al instante me respondió una voz femenina:

—Oficial subinspectora Marioni Ortibelli, Juana Eduarda. ¿En qué puedo ayudarlo?

Procurando no mostrarme nervioso, intenté explicarle:

—Tuve que rescatar los gatos que tenía en el altillo, estaban en peligro de muerte... En el altillo debe haber alrededor de cinco mil pterodáctilos hambrientos...

—¿Teros... qué?

“Ya sabía yo”, me dije, “que una simple oficial de policía nunca habría oído mencionar esa palabra”. Entonces, repetí, con lentitud y con cuidadas sílabas que la harían tomar conciencia de su ignorancia:

—Pte-ro-dác-ti-los.

—¿Pterodáctilos? ¿Qué son pterodáctilos?

Me dispuse a impartirle una lección de ciencias naturales:

—Son reptiles voladores que...

—Imposible, caballero —me interrumpió— : los reptiles no vuelan, sino que reptan, como su mismo nombre lo indica.

—Pero este —aduje, a modo de argumento decisivo— es un reptil extinguido hace millones de años.

—Doblemente disparatado, señor mío. Si está extinguido, no solo no puede volar; tampoco puede reptar. Y, si está extinguido, ¿cómo puede estar vivo?

—No tengo la menor idea.

—Evidentemente, mi estimado amigo, usted desconoce la *Metafísica* de Aristóteles, donde se expone el principio de no contradicción: “Nada”, dice el Estagirita, “puede ser y no ser al mismo tiempo y en el mismo sentido”. Por ende, amable cofrade, no escapará a su elevado criterio que ningún ser puede estar vivo y muerto al mismo tiempo.

Mi refutación resultó muy precaria:

—Eso lo entiendo perfectamente, pero lo cierto es que en el ático de mi casa hay casi cinco mil pterodáctilos que, en este mismo momento, están viviendo, reptando, volando, graznando, gritando y gruñendo, según me lo indican los horripilantes ruidos que ahora mismo taladran mis tímpanos.

Hubo unos instantes de silencio. Luego oí:

—Caballero —su tono era severo—: sé exactamente desde qué teléfono y desde qué domicilio está llamando, y puedo averiguar en seguida su nombre y su apellido. Aquí hay solo dos posibilidades. Usted puede ser un payaso o un loco. En el primer caso, podríamos arrestarlo por gastar bromas a una repartición pública al servicio de la ley, el orden y la comunidad en su conjunto. En el segundo, tendríamos, por principios humanitarios, el deber de derivarlo a una clínica psiquiátrica o, de modo más drástico y digno de elogio, recluirlo directamente en un manicomio.

—Pero lejos de mi intención...

—Por favor, caballero, en aras de la salud de todos, de la moral y de las buenas costumbres, le ruego que pongamos punto final a este diálogo absurdo.

Asustado, contesté:

—Disculpe, gracias.

Y corté la comunicación.

6. SENDEROS QUE SE BIFURCAN

Traté de reflexionar. “Esta oficial subinspectora”, razoné, “estará muy versada en cuestiones filosóficas, pero ignora por completo los arcanos de la zoología”. Al expresar esta última palabra, se me representó la solución.

Busqué el número en la guía y llamé al Jardín Zoológico, que, desde hace siglos, se encuentra frente a la plaza Italia.

Tras un solo llamado, oí:

“Gracias por comunicarse con el Jardín Zoológico de Buenos Aires. Si desea hablar con Administración, marque 071; si desea hablar con Enfermedades Infecciosas de las Aves Rapaces, marque 100; si desea solicitar turno para Visita Guiada, marque 421; si desea practicar natación en el estanque de los hipopótamos, marque 532; si desea interiorizarse de las Conductas Sexuales de los Monotremas, marque 762; si desea...”.

Esperé pacientemente que terminara el mensaje de bienvenida, hasta que oí “O espere a ser atendido por la operadora”.

Y, en efecto, me atendió la operadora. Apenas expuse el problema que me aquejaba, me derivó a un interno, desde donde otra voz femenina dijo:

—Doctora Daisy Cubelli Crocodile: ¿en qué puedo ayudarlo?

Para mi alivio, no se asombró del sustantivo *pterodáctilo* ni interpuso ningún planteo filosófico, sino que me brindó el número del Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires:

—Ahí sabrán cómo evacuar su consulta —agregó.

Le di las merecidas gracias y llamé al Museo:

—Ah —me dijo el recepcionista (en este caso, la voz de un varón joven)—, como se trata de un animal extinguido, le corresponde a la jurisdicción del Museo de Ciencias Naturales de La Plata, cuyo teléfono es...

7. EL DOCTOR BOITUS

Tomé nota de la información y llamé —larga distancia— a La Plata.

La operadora me derivó a la oficina de Plagas Urbanas y de esta me pasaron a Plagas Urbanas de Vertebrados. Aquí me atendió un caballero que se presentó como el doctor Boitus; antes de permitirme pronunciar una sola palabra, me ordenó que describiera el motivo de mi llamado.

Así lo hice, con loable exactitud, aunque utilizando sinónimos ociosos al referirme al altillo de los pterodáctilos.

Tras una pausa de reflexión, me preguntó:

—¿Cuál es el hábitat donde usted desarrolla sus actividades vitales?

Como la estructura de la interrogación me pareció un poco barroca, quise pasarla en limpio:

—¿Usted me está preguntando dónde vivo?

En su respuesta hubo displicencia:

—Claro está.

Consideré inconducente este dato y, a manera de represalia, le contesté con vaguedad:

—Gran Buenos Aires, zona norte.

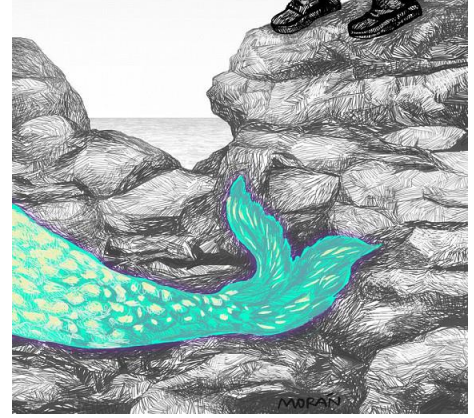
—O sea —especificó Boitus—, en algún punto preciso, o impreciso, de la región que las autoridades cartográficas denominan Cono Urbano Bonaerense.

Estimé esta segunda aclaración aún más innecesaria que la primera pregunta y contesté con un monosílabo:

—Sí.

—Por ende —dijo Boitus—, me veo en el deber de poner en su conocimiento que los seres irracionales que han elegido, a modo de hospedería, la superficie cubierta del espacio hogareño que usted denomina ya ático, ya altillo, ya *play*, no son ni pueden ser pterodáctilos.

El lenguaje alquitarado de Boitus me irritaba sobremanera:



—¿No son pterodáctilos...? —dije, para darle un final a la cuestión—. Y entonces, ¿qué son?

—Son ranforrincos.

—Bueno..., no sé... Me parecieron pterodáctilos...

—Es verdad que ambas especies pueden mostrar ciertas semejanzas morfológicas, de carácter solo aparente, que, a una persona como usted, desprovisto del mínimo rigor científico y, tal vez, de inteligencia, puedan inducirlo a error. Le ruego que se subordine a mi sapiencia y acepte ser el anfitrión de un conjunto de ranforrincos, y no de pterodáctilos.

Estas informaciones me parecieron impartidas con autoridad, es cierto, pero lo que yo necesitaba saber era qué hacer con los ranforrincos, y así se lo manifesté al doctor Boitus.

—Ante todo —dijo—, será útil establecer el origen de la plaga... Trate de recordar: ¿usted subió algún neumático de automóvil al lugar invadido?

—¿Neumático...? No, creo que jamás en mi vida he tocado un neumático.

—¿Alguna cámara o cubierta de bicicleta...?

—No, no: imposible.

—¿Algún elemento que contenga goma o caucho...?

—Sí, he subido algunas mangueras de regar jardines...

—¡He ahí la clave! —afirmó Boitus—. Procuraré explicarle de manera sencilla, para que usted, dentro de su mentalidad limitada, pueda más o menos comprenderme.

—Adelante. Soy todo oídos.

—Los fragmentos de caucho, al hallarse en ámbitos cerrados, de gran amplitud térmica (frío y calor extremos), sufren una mutación, o más bien una regresión fitozoológica, que los traslada o, mejor dicho, los devuelve al período jurásico, hace ciento cuarenta y cinco millones de años, y los hace reencarnarse en lo que eran entonces: ranforrincos.

En este punto Boitus hizo silencio, con lo que pareció dar por terminado el asunto.

Temiendo cortase la comunicación y realmente alarmado, exclamó:

—¡Doctor Boitus! ¿Me oye...?

—Sí, sí, adelante... ¿Tiene alguna otra preguntita?

—Por favor, doctor Boitus, dígame: ¿qué debo hacer con los casi cinco mil ranforrincos...? —agregué un matiz de desesperación a mi súplica—. Ocupan todo mi ático, no me permiten el acceso a mi oficina, hacen barullo, graznan, sin duda producen toneladas de excrementos y hectolitros de orina, y tal vez kilos y kilos de vómitos...

—Tranquilícese —me aleccionó— y no sea tan ridículo ni tan tremendista. Para todo hay solución, salvo para la muerte. ¿De acuerdo...?

—De acuerdo.

—Entonces le explicaré, y le ruego preste atención, porque no me agradan los discípulos cortos de entendederas ni tampoco tolero verme obligado a repetir conceptos en extremo sencillos.

No supe qué responder.

—Tras esta regresión al período jurásico, los ranforrincos empiezan a languidecer y a sentir un hambre intensa. Son animales exclusivamente carnívoros y, sin duda, habrían terminado por asesinar y devorar a sus dos gatos, por lo que cabe celebrar su decisión de rescatarlos. Sin embargo, los ranforrincos no practican el canibalismo, y entonces, deprimidos y angustiados, comienza en ellos una etapa que podríamos denominar de inapetencia primero, de adelgazamiento más tarde

y de raquitismo finalmente, proceso que, tras un lapso de treinta a cuarenta y cinco días, culmina en el retorno de los animales a su esencial estado de caucho. Una vez que los ranforrincos alcanzan este avatar, empiezan también a recuperar su anterior, o posterior, esencia de manguera de jardín. De modo que usted solo deberá esperar a lo sumo cuarenta y cinco días, y volverá a hallar en perfecto orden sus casi cinco mil mangueras. ¿Me expliqué con claridad y eficacia didáctica...?

—Perfectamente, doctor Boitus, muchas gracias. Pondré en práctica su consejo.

—No solo es lo mejor que puede hacer —repuso Boitus—. También es lo único.

8. SITUACIÓN ACTUAL

Y así lo hice. Seguí al pie de la letra las recomendaciones del doctor Boitus y, en efecto, en el plazo pronosticado de un mes y medio volví a tener mis casi cinco mil mangueras.

Entonces puse, en la verja de mi casa, el siguiente cartel:

VENDO MANGUERAS DE JARDÍN, A SOLO 20 DÓLARES LA UNIDAD

Pero transcurren los días y aún no he logrado vender ni siquiera una. El ser humano suele solazarse en la calumnia, y no faltarán quienes me tilden de ladrón de mangueras, y por tal motivo no quieran tener el menor contacto conmigo.

En fin, ahí están los cinco millares de mangueras. No veo otra solución que arrojarlas, lo más pronto posible, a un contenedor municipal. Antes de que vuelvan a transformarse en ranforrincos.

FIN



Eduardo García Aguilar



REENCUENTRO CON TACHIA QUINTANAR

La española Tachia Quintanar fue la pareja de Gabriel García Márquez durante un año entre 1955 y 1956, y según cuenta ella fue una linda historia de amor que después se convirtió en gran amistad de toda la vida. El escritor la visitaba siempre cuando venía a París, después de acceder a la fama con la publicación de *Cien años de Soledad* y convertirse en una figura literaria y política mundial.



Gabo, Tachia Du Witman y Claudia Vidal en un coche en Cartagena de Indias



La invitó a la entrega del Premio Nobel en Estocolmo en 1982 y durante años fue su cómplice, corresponsal y consejera para asuntos administrativos y de propiedades en París; amiga y casi tutora de Gonzalo, el hijo menor del nativo de Aracataca, tipógrafo y editor que ha vivido largo tiempo en esta ciudad, a diferencia de su hermano mayor Rodrigo, quien prefirió Los Angeles, donde hizo exitosa carrera cinematográfica.

Tachia es un verdadero fenómeno, persona llena de luz, generosa, apasionada por las artes, dotada de una energía que desafía los años. Cuando la vi por primera vez en 2010 me impresionó por su belleza e inteligencia y la agilidad y vivacidad con

la que nos atendía a todos en ese apartamento donde ya vivía sola después de la partida de su esposo.

Ella conecta de inmediato con jóvenes y mayores y comunica esa energía y pasión por las artes que caracteriza a los seres luminosos como ella, de origen vasco, madre de un músico. En su casa pasamos varias veladas, cuando nos ha contado la alegría de visitar Colombia, donde hizo una gira para representar el cuento Isabel viendo llover en Macondo.

Poco antes de la partida del autor de *El amor en los tiempos del cólera* hacia el misterio del más allá, tal vez ya afectado por la peste del olvido, la recibió en la costa caribe y dieron un paseo propiciado por Mercedes Barcha en carroza halada por caballos por las calles de Cartagena de Indias, del cual hay amplio testimonio fotográfico.

El jueves la volví a ver en el consulado de Colombia en París, en el marco de una mesa redonda que sostuvimos con la francesa Annie Morvan, la traductora al francés de una decena de sus obras, y el novelista bogotano Juan Gabriel Vázquez.

Pese a su edad y estado de salud, Tachia llegó con su hermana Irene y se sentó en primera fila igual de risueña y radiante que siempre, con la mirada viva del amor. Era muy emocionante verla de nuevo allí, en territorio colombiano, para hablar sobre la literatura de nuestro país, marcada para siempre por la obra del creador de Macondo.

Su hermana contó ante el público una sorpresiva anécdota. Gabriel llegó una tarde al pequeño apartamento donde vivían en la calle Assas con su amigo el padre Camilo Torres Restrepo y ella les preparó una deliciosa sopa de lentejas. Irene estaba tan encantada hablando con el inteligente y apuesto estudiante colombiano de postgrado de la Universidad de Lovaina, que Gabriel le advirtió muy preocupado y en secreto que se trataba de un cura. ¡Es un cura, le dijo!

Tachia se casó con el ingeniero de petróleos Charles Rousof, con quien vivió 40 largos años y residían en un apartamento en un piso alto de un edificio de la rue du Bac, casi esquina con Saint Germain des Prés, frente al cual está situada ahora la plaza que lleva el nombre del colombiano, inaugurada con pompa hace algunos años por la alcaldesa de París.

Se habían conocido un 21 de marzo de 1955, cuando el colombiano quedó varado en Europa tras el cierre del diario “El Espectador” por la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla y vivía como tantos jóvenes en la pobreza recogiendo botellas para vender o cantando en tabernas y bares canciones de su tierra vallenata, que interpretaba muy bien.

El colombiano vivía con otros latinoamericanos que huían de las dictaduras en un hotel donde les fiaban, situado en la rue de Cujas, y Tachia en un apartamento de la rue de Assas, donde se le fue instalando en esas frías jornadas aquel muchacho flaco, pobre, tierno y soñador caribeño que escribía y cantaba todos los días.

Tachia ya había vivido una larga historia de amor con el conocido poeta español Blas de Otero, y era poeta, actriz, activista cultural en torno a la cual se reunían artistas de distintos orígenes y nacionalidades que después se volverían famosos como el músico griego Mikis Teodorakis, Antonio Saura y el artista venezolano Jesús Soto, también amigo del costeño y con quien recorría las tabernas en dúo en busca de unas monedas.

Tachia es una fuerza inigualable y es ella más allá de la anécdota de su romance con Gabriel. Ella es poesía, vida, vino, ficción y realidad. Por eso al verla ahí en el consulado de la rue de Berri, a un lado de los Campos Elíseos, sentí la alegría de reencontrarla y evocar los brindis en su casa, poblada de cuadros, amigos y copas que tintinean en el aire de la noche al calor del vino, el afecto y la literatura.



Gino Raúl

De

Gasperín

Gasperín



Después de su exitosa novela *El lector*, el escritor alemán Bernhard Schlink vuelve a asombrar con una nueva novela, *La nieta*, en la que narra una fascinante y angustiada historia datada en las postrimerías de la separación entre las dos Alemanias: el Este, cuyos habitantes se encuentran sojuzgados por una explosiva mezcla de comunismo y nazismo, y el Oeste que tiende a levantarse de una desastrosa guerra. Esas dos Alemanias cuyo pasado aún las hierde, y cuyo clímax estuvo marcado por el Holocausto y la caída del nefasto Muro.

La historia inicia cuando Kasper, joven que vive en el Oeste alemán, se enamora de Birgit, una ingenua chica del Este que, en sus imprudentes 17 años, queda embarazada. Como está decidida a no aceptar a la hija, encarga a una amiga que haga con ella lo que desee. La amiga la entrega a quien es el padre y que, en su momento, aceptó la responsabilidad.

Ocultando esto, Birgit acepta la propuesta de Kasper y escapa de su tierra. Viven años y más años juntos, ella, sin confesar nada de su pasado, y él sin indagarlo, respetando ese silencio que pesa en la conciencia de la muchacha. Kasper tolera y cuida de Birgit, incluso cuando ella se ha dedicado a la bebida y, encerrada en su estudio, trata de escribir la historia de su vida, en un intento de liberación interior.

Una noche, al regresar Kasper de atender su librería, encuentra a Birgit muerta en la tina,



víctima de su depresión. Cuando se determina a leer lo que Birgit tenía escrito en su computadora, se encuentra con el secreto que ella mantuvo inquebrantable y con el inconfesable deseo de ir a buscar a esa hija que cruelmente abandonó.

Kasper decide realizar este anhelo fallido de Birgit y emprende un viaje en busca de la amiga y, por esta, del lugar en donde vive la hija de Birgit, Svenja, quien en su juventud abandonó a sus padres adoptivos, traficó droga y realizó actos vandálicos sin cuento. La halla en una comunidad rural de la desastrada Alemania comunista, casada con Björn, fanático del nazismo, y con una hija, Sigrun, de 15 años, la que ahora es su nieta. El marido de Svenja le exige a Kasper la herencia a que su mujer tiene derecho, y Kasper se compromete a darle una buena suma con la condición de que la nieta Sigrun vaya a convivir con él varias semanas al año.

Allí se establece una relación en la que Kasper descubre el adoctrinamiento a que la chica ha sido sometida por sus padres y su convicción de los

ideales comunistas y nazis, pero con la inquietud de conocer la forma de vida de los alemanes occidentales. Kasper hace el esfuerzo de mostrarle que hay otra forma de vida, en libertad y en progreso, le facilita que aprenda piano, que vista de otra manera, etc. Pero, cuando Sigrun le pide visitar a una amiga que vive en una «comunidad» con jovencitos neonazis y el memorial del campo de confinación para niños y mujeres de Ravensbrück, ve que la chica no cree en los horrores del holocausto, sino que todo lo justifica en aras de la ideología que le han implantado en su mente y corazón.

Kasper se empeña con optimismo en rescatar a la chica de ese adoctrinamiento fatalista, pero la realidad se le impone cuando una noche, después de dos años en que a la nieta sus padres le han impedido cumplir con lo acordado, la chica llega a su casa y le pide asilo, pues uno de aquellos jovencitos neonazis ha matado a un chico izquierdista. Kasper la protege y le aconseja que informe a la policía. Sin embargo, Sigrun huye con la tarjeta de crédito de Kasper y por esto él se entera que se ha refugiado en Australia.

En comentario del escritor Nicolás Poblete Pardo, «*La nieta* es una novela que permite ver el modo en que las ideologías pueden distorsionar comunidades enteras, destrozando psiques y sembrar el germen del odio en cerebros vulnerables, ignorantes, meros peones de un ajedrez mayor del que se sienten parte, pero que los utiliza sin misericordia para sus mezquinas agendas. También es una novela que reivindica el valor de la educación, del arte, y del cariño como canal y posible herramienta para luchar contra ese vacío del que tantos no pudieron salvarse y del que muchos son impotentes víctimas».



Carlos Roberto Morán

¡TODO SOBRE MÍ!



El señor *Mel Brooks* (Melvin James Kaminsky) al parecer tiene una doble intención: la de volverse centenario y la de seguir haciendo reír. Por ambas cosas el mundo se lo agradece. Al menos, el mundo de sus admiradores que, al parecer, somos unos cuantos repartidos por el planeta.

Tres años atrás, el creador impar de *El Super Agente 86* decidió publicar sus memorias que tuvieron considerable repercusión cuando apareció la primera edición en inglés y que en 2023 fueran publicadas en nuestro idioma y en España. Este año el libro se distribuyó en la Argentina, felizmente. Es de verdad regocijante y más que recomendable *¡Todo sobre mí!*, que al término de sus nada fatigantes (casi) quinientas páginas dejan un satisfactorio sabor de boca. Como dirían los españoles.

Melvin nació en el seno de una familia judía pobre y muy unida radicada en Brooklyn. Aunque desde niño tuvo dos virtudes fundamentales: se supo pequeño y algo esmirriado, pero al mismo tiempo percibió lo que luego sería su “marca de fábrica”, vale decir un talento innato *aderezado* con un enorme, elocuente sentido del humor. Y fue ese humor el que no solo lo salvó de ser objeto de burla y marginación, sino que lo volvió muy rápidamente el “alma” de cada lugar donde estuviera presente, empezando por la escuela.

Cuenta Mel que las veces que le han preguntado por el momento más feliz de su vida ha contestado invariablemente: “Disfrutar de mi infancia en Brooklyn”. Infancia que se vio golpeada por el temprano fallecimiento del padre. A partir de ese momento Kitty, su madre, con cuatro hijos pequeños -Mel era el menor- debió multiplicar sus habilidades para mantener a su familia. Los hermanos mayores aportaron, trabajando donde pudieran y fue así como, pese a las múltiples dificultades diarias, lograron “sobrevivir” a todas ellas.

Quien sería el gran renovador de la comedia humorística en distintos ámbitos (televisión, discos, teatro, cine) del espectáculo norteamericano, amó profundamente a su madre y a sus hermanos y la inquebrantable unidad de la familia también contribuyó a superar los problemas. Kitty quería que Mel tuviera algún tipo de estudio que le fuera práctico, es decir con salida laboral inmediata. Fue así como un día le hizo firmar papeles para cursar mecánica de aviación, pero su hermano Irving lo impidió de manera tajante. Rompió los papeles que Mel había firmado y, visionario, le dijo a la madre; “Tu mente y tu corazón están en el lugar correcto, mamá, pero este niño es especial. Es diferente. Es muy brillante y creo que tenemos que darle la oportunidad de llegar a algo en la vida”.

De manera que lo que terminó siendo el verdadero camino para este gran comediante lo avizó Irving cuando su hermano menor tenía solo nueve años. “Siempre le estaré muy agradecido a Irving”, comenta el autor en el libro.

En forma análoga a lo que le ocurriera a Woody Allen, aunque algo más tarde que este, quiero decir ambos muy jóvenes (en su caso a los veintiún años) Mel ingresó a ese mundo del que nunca más se apartaría: el del espectáculo, algo que ambicionaba oscuramente desde su niñez, pero que no pudo concretar porque se “interpuso” la guerra (Segunda Guerra Mundial) y su decisión de ingresar como reservista cuando tenía apenas diecisiete años.

Al poco tiempo de ingresar fue trasladado a Europa. Sin embargo, a pesar de que los rigores de la vida militar y, más aún, de la propia guerra, le hicieron madurar a los golpes, también tuvo una experiencia que -según sostuvo- no fue nada menor. Su paso por las filas del ejército se vio además potenciado al reclutarlo impensadamente para animar a la tropa, cuando la guerra en Europa





había cesado sin que él recibiera la baja. “Pensándolo bien (el ejército) me dio una verdadera educación”, afirma en el libro.

A su regreso a los Estados Unidos tenía conciencia de que el cine, el teatro, y la incipiente televisión lo estaban esperando. El cine que había visto en su niñez y hasta el hecho excepcional de haber podido escuchar a Ethel Merman cantando en un teatro de Broadway le marcaron simbólicamente su camino. Fue entonces que, debido al aviso de un diario, se presentó de improviso en el despacho de un productor, Benjamín Kutcher, cuando este se encontraba colgando ropa...

Recibió la filípica de Kutcher por no haber golpeado antes de entrar y Mel, siempre avisado, se ofreció a ingresar de nuevo. Cuando lo hizo, el productor le preguntó qué había visto y quien en poco tiempo se llamaría Brooks afirmó que no había visto nada. Kutcher no lo sermoneó y en cambio le dijo que era un gran mentiroso y que esa “virtud” resultaba “un buen comienzo” para ingresar al mundo de la farándula.

Mel a su vez comenta; “Yo no lo sabía entonces, pero aquello era el nacimiento de *Los productores* (su gran éxito en teatro y cine) y Benjamín Kutcher iba ser Max Bialystock” (protagonista de la obra).

Después de vivir los altibajos propios de un principiante, tuvo la fortuna de conocer al excelente cómico Sid Caesar con quien trabó una amistad duradera y el que lo hizo ingresar a la televisión. Sid se prodigaba en sus presentaciones y al comprobar el talento y habilidad de Brooks para crear originales pasos de comedia resolvió convertirlo en su guionista exclusivo. De ahí en más, y trabajando a un ritmo incansable, el director de *El joven Frankenstein* fue ganando prestigio y espacio en un medio extremadamente competitivo.



El libro se encuentra plagado de recuerdos y detalles, lo que habla de la excelente memoria del mismo Brooks, quien contará también con un importante archivo, dado que en la práctica casi no le quedan contemporáneos considerando su longeva edad (cumplió noventa y ocho años en junio pasado).

Omitiendo la melancolía que estos datos pueden concitar, cabe mencionar a dos grandes pérdidas que tuvo en su existencia: la de su entrañable amigo Carl Reiner y de quien fue el amor de su vida, la excelente actriz Ann Bancroft.

Había estado casado con Florence Baum durante nueve años y con la que tuvo tres hijos. Conoció a Bancroft dos años después de divorciarse, en 1964, y nunca más se separaron hasta el fallecimiento de la actriz en 2005.

Con Carl (1922.2020; director, actor, guionista) fueron amigos desde jóvenes y parecía que se conocían desde siempre. Sobre él expresa: “Si conocías a Carl no solo te gustaba, sino que lo amabas. Para que quede bien claro: no es el mejor amigo que he tenido jamás, es el mejor amigo que nadie ha tenido jamás”. Carl supo desde el primer momento que Mel era sencillamente brillante como actor cómico “repentista”. Así nació como personaje *El hombre de dos mil años*, un ser prácticamente inmortal que había conocido a todos, Carl le hacía preguntas insólitas, tal como si había conocido a Jesús, y Mel improvisaba, una y otra vez sin cansarse ni repetirse y haciendo reír a tambor batiente a cuantos escuchaban.

Se demoraron en volverlo personaje de televisión, donde tuvo escaso éxito, pero “le encontraron la vuelta” para llevarlo al disco, que se vendió por millones, con tres ediciones consecutivas.



En cuanto a Anne: quedó prendado de inmediato, aunque había muchas diferencias entre ellos. La actriz, católica, descendientes de italianos, era ya muy famosa, tanto que al año siguiente de conocerse (en 1961) recibió un Oscar y siete años más tarde protagonizó *El graduado*, película que le dio proyección mundial. Sin embargo, y debido a que conocía el disco de *El hombre de dos mil años*, no solo no rechazó a Mel, sino que se casaron luego de un fugaz noviazgo. Con el paso del tiempo Anne fue una gran colaboradora de Mel y participó en tres de sus películas.

Mel demoró bastante en vincularse con el cine a pesar de que se volvería su verdadera marca identitaria. Comenzó en 1967 con “*Con un fracaso millonario*”, ahora más conocida como su primera versión de *Los productores* (*The Producers*). Luego dirigió *Las doce sillas* (*The Twelve Chairs*, 1960), *Locuras en el oeste* (*Blazing Saddles*, 1974) y lo que fue su primer gran éxito: *El joven Frankenstein* (*The Young Frankenstein*, del mismo año) su segundo trabajo con Gene Wilder.

Desde su primera película se mostró con un director satírico, remedando los géneros clásicos del cine. De manera que a sus bromas a la novela rusa, el cine del oeste y el del terror, le siguió otra de sus obras maestras: *La película muda* o *La última locura de Mel Brooks* (*Silent Movie*, 1976), su bien resuelto homenaje (cómico) al cine mudo, en la que “se animó” no solo a dirigirla sino a protagonizarla.

En esa primera incursión como actor logró la participación de varios famosos del cine, tales como la propia Anne, Burt Reynolds, Liza Minnelli y Paul Newman, sin dejar de mencionar al mismísimo Marcel Marceau (el único de quien se escucha su voz al recibir una llamada en Francia y emitir un rotundo “no”, negándose a participar de

la película). Dom DeLouise, varias veces convocado por Mel, y Martin Feldman sería los otros desopilantes actores que acompañarían al director de cine (el propio Brooks) dispuesto a realizar una película silente que es rechazada por cuanto productor intenta convencer.

Habría más: *Máxima ansiedad* o *Las angustias del Dr. Brooks*, (*High Anxiety*, 1978), nítido homenaje a Alfred Hitchcock, quien aceptó darle consejos a Mel en reuniones semanales en las que se mostró generoso y predispuerto. Cuando le exhibió la película terminada el gran director guardó silencio, pero días más tarde Mel recibió un exquisito paquete con botellas de vino añejo, muy valorado, y con una tarjeta en la que *Hitch* le decía que su película era “un entretenimiento espléndido que no le debería significar angustia de ningún tipo”.

La loca historia del mundo, parte primera (*History of the World Part I* 1981) fue una divertida sátira sobre diversos hechos históricos. En cambio, a la segunda parte, del año pasado y presentada en plataformas, lo mejor es olvidarla. *Ser o no ser* o *Soy o no soy* (*To be or not to be*, 1983), supuso una recreación de la película del mismo nombre dirigida por el excelente Ernst Lubitsch en 1942.

Con autorización de George Lucas y prohibición absoluta de hacer *merchandising* con muñequitos y derivados tuvo su lugar la “versión” de *La guerra de las galaxias* (*S.O.S. hay un loco en el espacio*, *Spaceballs*, 1987).

¡Qué perra (o qué asco de) vida! (*Life Stinks*, 1991) fue una película que se acercó al drama indagando en la vida de los pobres. No tuvo un triunfo resonante, pero, como aclara Mel, resultó rentable y fue muy exitosa en Italia, por las “resonancias” del magnífico cine de tiempos ha que elaboraran Vittorio De Sica o Federico Fellini



“cineastas que no tuvieron más que hacer que indagar en la conciencia humana”, como bien dice Brooks.

Las locas aventuras de Robin Hood (Men in Tights, 1993) y *Drácula, muerto pero feliz (Dracula: Dead and Loving It, 1995)* no tuvieron la potencia de las anteriores, por lo que Mel dejó de filmar, aunque en años siguientes intervino como actor y prestó su voz a películas de animación.

Hasta que... a alguien se le ocurrió que *Los productores* sería una buena propuesta como musical en Broadway. La historia es simple: un productor que está en las últimas y que basa su “cosecha” de dinero explotando a ancianas decide llevar adelante un espectáculo abominable que, según entiende, sería rápidamente prohibido dado que en la obra se ensalza a Hitler. La idea que le transmite un (hasta ese momento) tímido contable es que, mediante artimañas, un desastre de obra podía volverse una gran fuente de dinero.

La cuestión es que no solo no fracasan, sino que la obra, inmoral, objetable desde cualquier punto de vista, se vuelve éxito arrollador. En la ficción, pero también fuera de ella, porque la gran sorpresa de Mel fue que, aunque inicialmente se había resistido a tomar como base su primera película para volverla obra teatral, triunfó en teatro cuando se la presentó en 2001 y se mantuvo en cartelera hasta 2007. Siguió cosechando triunfos hasta el año pasado con una versión española. Después vendría la película del mismo nombre, ya no con Wilder sino con Nathan Lane, Matthew Broderick y Uma Thurman (*Los productores, The Producers, 2005*). Si bien fue dirigida por Susan Stroman, Mel fue el principal guionista, lo mismo que ocurrió con la versión teatral.

Premios, reconocimientos y condecoraciones no le faltaron, precisamente. Es una de las pocas personas que ha obtenido los galardones más importantes que se conceden en el exigente mundo del espectáculo estadounidense. A quienes los han recibido se los llama EGOT, debido a que han obtenido los famosos Emmy (televisión), Grammy (disco), Oscar (cine) y Tony (teatro). En el caso de Brooks recibió tres veces el Grammy y el Tony, en tanto fue cuatro veces galardonado con el Emmy, tres de ellos en otros tantos años consecutivos.

En el año 2009 aceptó el Kennedy Center Honor, premio que se concede a quienes han hecho contribuciones duraderas a la cultura de Estados Unidos. Había rechazado el galardón a George Bush hijo, pero lo aceptó de inmediato cuando en 2009 hizo lo propio Barak Obama, quien demostró en su discurso que conocía al dedillo vida y obra de Mel.

Más allá de los galardones, de aciertos, errores, del desconcierto que la propia vida suele producir, Mel nos dice algo así como que el humor es un buen acompañante, un atenuante que puede volverse bálsamo. Y que una gran carcajada no se la niega a nadie. Si eso es cierto, al menos desde su parte ha sabido cumplir. Gracias, maestro.

¡Todo sobre mí! (All About Me! My Remarkable Life in Show Business), de Mel Brooks. Libros del Kultrum, Barcelona, 2023, 490 páginas, con fotografías. Traducción de Ana Julia Sarmiento.





Sandra A.
Torres Herrera

EL CLUB DE LOS SONÁMBULOS

Álamo, Veracruz, 1971. Narradora. Ha publicado en periódicos y revistas literarias de Tamaulipas y Veracruz. Integrante del taller literario de Héctor Carreto (1991) y de Gloria Gómez Guzmán, en Tampico, Tamaulipas (1994). Fue becaria del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes en Tamaulipas, en el género cuento (1997). Participó en el taller literario impartido por Rafael Antúnez, y en el de José Luis Rivas (1998-1999), en Xalapa, Ver. Fue finalista en el Premio Nacional de Cuento Beatriz Espejo (2003). Administra un blog desde 2004, www.sandratorres.blogspot.com, donde procura actualizar sus sueños y desvaríos. Radica en Xalapa, Ver.

Nos despertó su llamada.

— ¿Qué pasa ahora?— contesté al celular, mirando la hora en mi despertador: 5:30 de la mañana. A mi lado, en la cama, Elsa me dio la espalda con fastidio en cuanto supo de quien se trataba.

—Hazme el paro —me pidió Toño—, vengo de Coatzacoahuila.

— ¿Y antes?

—Poza Rica-Coatzacoahuila.

— ¿Descansaste?

—No. Apenas pegué el ojo.

— ¿Por qué no llamas a tu noviecita?

—Está encabronada.

— ¿Y a Tere?

—Los niños tienen clases.

—Y aquí tienes a tu pendejo, ¿no?

Con señas, Elsa me dio a entender que lo cortara o me saliera del cuarto. Hacía frío; jalé una cobija y me fui al comedor.

—Acuérdate — empezó Toño—, cuando me llamaste de México, ya estaba en cama, y no precisamente durmiendo; y lo dejé todo con tal de que no te durmieras.

—Cómo chingas con eso, está más que pagado con todas las llamadas que me has hecho. No te he visto en meses; ni tus hijos te han de reconocer.

—Tan pronto y nos veamos te invito unas cervezas, pero no me cortes.

¿De qué hablamos?, de puras tonterías que no vienen al caso. Recordamos los viejos tiempos. Cuando éramos jóvenes coincidimos como taxistas. Los fines de semana, luego de terminar cada quien su turno y dejar el coche al dueño, quedábamos en ir a algún bar, y de ahí cada quien salía por su lado. Él me presentó a Elsa, y yo a Tere. No eran tiempos fáciles -nunca lo han sido-, al menos para nosotros, que buscábamos siempre

más trabajo para tener un extra en el bolsillo. No me acuerdo ni cómo saltamos a los tráileres; es otro mundo, nada que ver con las calles domesticadas de una ciudad. Recorrer la carretera es como explorar la jungla, por más señales civilizadas al paso siempre habrá algo que se escape del control. Yo me salí en cuanto se pusieron feas las cosas, y no me refiero a los Policías Federales de Caminos, sino a las oleadas de asaltos y asesinatos. Mejor volví como taxista. Toño, que tiene más estómago que yo, se quedó en ese negocio hasta que se casó y luego se fue como chofer de autobuses foráneos.

Antes de cumplir treinta años, en nuestras pláticas surgía el tema de conseguir trabajo fuera del país. Pero nació mi primer hijo y yo me quedé. Cierto, no soy dueño del taxi que manejo, lo que significa vivir al día y de una manera incierta, más cuando hay saturación de taxis en esta ciudad; pero prefiero eso a no ver a mi familia en semanas o meses.

Toño siempre fue el más lanzado, se fue a California, mandó dinero a Tere, construyó su casa, y luego regresó. Como chofer de autobuses gana por mucho lo que yo, pero de qué le sirve si lo traen como sonámbulo. No es la primera vez que me llama, ya le he dicho que mejor renuncie y busque otra chamba, pero no quiere. Si bien su relación con Tere está más que tronada, que lo haga por sus hijos, y es que se pierde entre tantos viajes con distintos destinos. Es una locura. ¿Y los directivos de las líneas de autobuses?, bien, gracias, ellos están para engordar a los de arriba, cubren las corridas con el escaso personal, y apuestan a la ambición o necesidad de los operadores -entre más jóvenes mejor-, doblando sus turnos hasta reventarlos; total, siempre habrá a su disposición un club de sonámbulos. Lo digo porque yo formé parte de él durante un tiempo, y sé de sobra lo que se siente manejar en largas tiradas como chofer de carga, doblar turnos y

luchar contra uno mismo para no permitir que los párpados caigan.

Tenía mucho sueño, pero ya era hora de ir al trabajo. Puse en altavoz el celular, y me alisté en la sala.

— ¡Hey!, no te duermas. ¿Por dónde vienes?

—Ya casi llego a Xalapa, voy por Miradores, pero no me cortes, te juro que me estallan los párpados.

— ¿Cuántos traes?

—40.

Fui a la cocina a prepararme un café. Entretuve a Toño quince minutos más. Me disculpé y lo corté.

Horas después me enteré del accidente: Toño había atropellado a un ciclista casi en la entrada de Xalapa. No bastaron la plática, la música o el aire acondicionado para mantenerlo despierto. No huyó; al parecer, la empresa intervino legalmente para que él no pisara la cárcel. Pagaron a la familia del joven ciclista los gastos funerarios y una indemnización. Intenté comunicarme con Toño pero nunca me contestó. Quizá porque lo corté en el momento en que más me necesitaba. Quién sabe. No insistí, y tampoco fui a buscarlo a su casa.

Meses después, recibí un mensaje suyo en el celular; quedamos en vernos por la tarde en un bar céntrico. Él no pidió más que una cerveza, tenía que manejar esa noche. Nomás llegamos a los cuarentas y nuestros vientres se habían desbordado, pero esa vez me sorprendió verlo delgado, “del susto,” pensé. Noté otra diferencia. Siempre había sido un lengua larga y ahora estaba serio y en guardia. Miraba con insistencia hacia los espejos en las paredes que devolvían las imágenes de los parroquianos.

—Perdona que te haya cortado la llamada ese día — le dije.

—No hay bronca, hermano; no estabas obligado a nada.



Lo vi demacrado. Quizá lo mejor era no seguir ese tema. Pero después de una pausa, sin preguntarle, comenzó a contarme:

—Tú me lo advertiste. Ocurrió en un puto parpadeo. Me despertó el golpe y alcancé a volar, que si no lo hago, nos estrellamos contra el tráiler. Un pasajero se acercó a decirme que había arrollado a un ciclista, que el maldito ruido que se oía en ese momento era de su arrastre. ¿Y a dónde crees que fui a frenar?, ¡junto al Regimiento!, ¡qué puta suerte la mía! De lo que pasó después no quiero hablar.

Toño dio un trago a su cerveza y yo pedí otra al mesero.

—Era albañil. El mayor de los hermanos, el que le echaba el hombro al padre, como tú y yo cuando empezamos, ¿te acuerdas? Dicen que él iba bien en su orilla, que llevaba una chamarra amarilla y su bici traía las luces puestas.

—Fue un accidente — le dije.

Toño tomó entre sus dedos la lata de cerveza, y se la quedó mirando.

—Lo he visto.

—¿A quién?

—Al ciclista.

Me quedé callado.

—Sé que es él, por sus fotos en internet.

—¿Cómo se ve?

—Normal. Lleva la chamarra amarilla. Casi siempre elige voladeros, y ahí está al pie, sólo para verme pasar. ¡Es él; quién madres más va a estar ahí en la madrugada! Si voy cansado, termino despertándome del pinche susto. Y a veces, creo verlo parado junto a la ventana de mi cuarto o sentir su presencia en la oscuridad del camarote del autobús, pero me despierto y sé que se trata de otra pesadilla. Después de eso ya no puedo dormirme. ¡Estoy jodido! Ahora salgo con miedo, ignoro en qué recodo de la ruta voy a topármelo, y cuando menos me lo espero me sorprende en recta; ayer, hasta se atrevió hacerme la parada en unos topes. Pero sobre todo, temo que se me aparezca fuera de la carretera, en este bar, en el reflejo del espejo. Y aunque no lo vea, sé que me persigue a donde vaya.

—¿Qué quiere?

—Llevarme consigo.

—Ve a su tumba y pídele perdón — me escuché decirle, aunque no soy religioso—. Te repito, fue un accidente, Toño, a cualquier conductor puede pasarle. Dime, quién quiere dormirse al volante.

—Me metí a su muro de Facebook — continuó él—. Tenía muchos amigos, y una novia con la que pronto se iba a casar. Ella está...

—No me digas que embarazada.

—Sí. Él iba a ser padre.

—Renuncia.

—No puedo. Con tantos gastos. Además, cumplo casi cincuenta, ya no me contratan a la primera.

—De qué sirve si se quebranta tu salud o te pasa algo. Un día me dijiste que no querías terminar como esos viejos conductores con problemas de riñones, que cuentan sus historias en la sala de espera del hospital, mientras llenan su panza de agua.

—Me voy, hermano, tengo corrida. Gracias por escucharme — dijo Toño, levantándose. Pero

tras pensárselo, él ocupó de nuevo su lugar, miró a su alrededor, sobre todo el espejo, y luego se inclinó para confiarme algo: — ¿Puedo contarte algo más?, pero que quede entre nosotros. No se lo digas ni a Elsa, prométemelo.

Lo prometí.

— ¿Te acuerdas, cuando éramos novatos en el gremio, de aquel “consejo” que escuchábamos en los velorios, en las juntas, o en las fiestas del sindicato?, no sabías si se trataba de una broma; no está en ningún reglamento o estatuto, no hay nada escrito sobre eso. Sin embargo, es algo que se enquista en tu cabeza, y que a la hora de la hora, cuando se presenta la situación, no es una sugerencia, sino una orden que terminas ejecutando. Los malditos directivos no están ahí cuando pasan estas cosas, sólo se lavan sus manos sangrientas y mandan a otros a enfrentar las cuestiones prácticas.

Se empinó el último trago de cerveza, y agregó:

— Cuando el pasajero me dijo que llevaba arrastrando el cuerpo del ciclista, vi que no trajera vehículos atrás y frené; enseguida, me eché de reversa y nomás se escuchó el crujido. Por más que le aseguré al pasajero que no había escuchado su advertencia, no me creyó, tenía un gesto como el que haces ahora. Bueno, ya lo dije.

Toño pagó la cuenta y se retiró. Esa fue la última vez que lo vi. Al día siguiente, me enteré por las noticias locales. Según el testimonio de los pasajeros del autobús, tras pasar un voladero, Toño se quedó dormido al volante, y la unidad a la deriva se estrelló contra un cerro. Según el resultado de la autopsia, él murió de un infarto al corazón; no de otra forma los forenses se explicaron el rictus de terror en su rostro. Por mi parte, mantuve mi promesa a Toño; a nadie conté sobre el ciclista, y aunque lo hubiese hecho, quién habría creído esta historia. Pero eso ya no importa.



Foto de Isabel G. de Diego

Daniel de Culla

POEMAS

AL SOL



¿BAILAS?

Es en el Centro de Día de mi ciudad, en fiestas principales. Centro por excelencia entre todos los que hay por la mucha provisión de hombres y mujeres que se vienen a pasar la tarde y a encontrar pareja los que pueden.

Entre los hombres, la gran mayoría son unos zamarros. Se les ve nada más mirarlos. Entre las mujeres, la mayoría se acreditan de hacendosas con sus maridos; mientras que a las viudas se les nota bien holgazanas.

A mí nunca me ha gustado visitar estos Centros de Día por el olor a viejo que cubre sus instalaciones. A mi mejor amigo sí que le encanta,

arrastrándome a ir a él un día de lluvia; diciéndome:

-Vente a bailar esta tarde. Hay mucha tela que cortar y, a lo mejor, encontramos cacho.

Fuimos y estuvimos. El Centro de Día estaba lleno. En un abrir y cerrar de ojos, mi amigo se puso a bailar con una mujer que le llevó de la mano al servicio mandándole que cagase pues, bailando, e intentando correrla, se tiró un pedo de gusto, lo que no agradó a la señora.

Dejándola, él se vino a mí, diciéndome con ironía:

-Ahora te toca a ti. ¡Suerte, maestro!

Yo me fui hacia una mujer hermosa que parecía de tan pintada un putón verbenero. Le pregunté:

-¿Bailas?

Ella asintió, limpiándose con un pañuelo de seda un moquillo verde que le caía de la nariz.

-Disculpa, me dijo. Esto es por culpa del Covid.

Bailamos. Ella se me arrimaba mucho; demasiado. Con mucha prisa y miedo, comencé a tocarla, no pudiendo detenerme por la emoción.

Ella, acomodándose a mi prisa y sin tiempo comenzó a besarme en los labios, dejándome, en un momento, clavado en la lengua su maxilar superior, pues llevaba dentadura postiza y movable.

Me hizo daño, pero no me importó.

Cuando ella me suplicó:

-Dame de ti mi ración contra la pared del servicio o sobre la taza del váter.

Yo le dije:

-Si te doy de mí, tienes que regalarme tus dos maxilares para llevarles y regalarles al Museo de los Dinosaurios para su exhibición.

QUE BONITA ES LA INFANCIA

Lo veo por mis nietos:
De chiquitos, lo primero que aprenden a decir
Es caca, culo, pis.
Y todo porque, en lo bajo de aquel monte
El Monte de Venus
Mamá cortó una caña, papá cortó una flor
Para él solo, follador
Como macho que ha de ser.
A la mañana
Si paseo con mis nietos por la Isla
Y alguien extraño les pregunta:
-Niño bonito ¿dónde vas con el abuelo?
Ellos responden:
-Caca, culo, pis.
A la tarde
Si una madre de un compañero o compañera
De colegio les dice:
-Mañana estáis invitados
Al cumpleaños de mi hijo o hija, Rio o Ria
Ellos responden:
-Caca, culo, pis.
Y a la media noche
Si la vecina, amiga de mamá
Les pregunta:
-¿Dónde vais a ir de vacaciones?
Que mi niña Eulalia
Ha estado en la costa de Cádiz
Ellos le responden:
-Caca, culo, pis.
Qué resalados son mis nietos
Que hasta las palomas torcaces y las picazas
Los mirlos y gorriones
Bajan de los árboles cantando:
-Caca, culo, pis.



Foto de Kylian



EN MADRID CON UNA AMIGA DE RITA COMO TAXISTA

Ya salía yo con Rita, mi folla amiga y futura esposa, feliz y contento de dejar de hacerme pajas con el rocío madrileño en la barcarola de mi cama hundida como una barca entre guías de teléfono, pues ella me dijo:

-Yo voy a ayudarte cariño mío.

En la Plaza Marqués de Vadillo, yo quedaba con ella y, aunque ella se hacía de esperar, yo la esperaba hasta tres o cuatro horas, no

importándome el tiempo, pues no podía perder sus amores de ninguna manera.

Un día, después de llevarla a casa para conocer a mis padres y mi hermana soltera, un poco tocada del ala, quedando maravillada de la cocina del piso, pues caían chorretones de aceite por sus paredes, le dije que me gustaría presentarle a mis siete hermanas casadas; a lo que ella me dijo que llamaría a su amiga Mayka para que hiciera de taxista, ya que, en ese entonces, ella no tenía coche, pero sí carnet de conducir.

-Mayka es muy maja, ya verás como sí viene, me dijo.

Ella vino raudo, como quien va o viene a una romería. Sí que era maja y muy amable. Con ella y por ella nos ganamos el dinero de un taxi.

Mira si era maja Mayka, que un día, estando en Sangenjo (Pontevedra) Rita y yo, junto con unos amigos de Iscar (Valladolid), Jaime y Ana, fuimos, por pasar el tiempo, a tomar algo a la cafetería de un hotel cercano al nuestro.

Jaime y yo nos adelantamos mientras Rita aparcaba el coche junto con Ana. Al atravesar un patio para alcanzar la cafetería, Jaime, que era cegato, casi ciego del todo, vio asomarse a un balcón a una preciosidad de mujer en bañador intentando colgar una toalla de baño para que se secase, diciéndome maravillado:

- Mira Daniel qué preciosidad sale al balcón; que son sus ojos como luceros. Es una sirena o la Virgen de Iscar que me va a sanar de la vista.

-Sí que es guapa, sí. Pero, ¡qué casualidad! Jaime, exclamé yo, asombrado. ¡Si es Mayka! Una amiga de Rita.

Ella, junto con su esposo, habían venido a este Hotel de vacaciones sin nosotros saberlo.

Al saludarnos, todos reímos; y Jaime, el pobre, no curó su ceguera.

-Ya verás cómo os encantan mis hermanas casadas, les dije yo a ellas.

Con alegría, recorrimos las calles de Madrid por ver, y ellas conocer, a mis hermanas; yo suspirando.

A la primera que visitamos fue a Angelines, que vivía en la calle Belmonte del Tajo; después, a María Luisa; que vivía en San Wenceslao; después, a Rosa, que vivía en Oporto; después, a Carmen, que vivía en Aluche; después, a Mari Tere, que vivía en Avenida del Mediterráneo; después, a Pilar y Juanita, que vivían en La Calle José Ortega y Gasset, antes Lista.

Todas ellas quedaron encantadas de Rita, alegrándose de que, al fin, asentara yo mi cabeza, y de tener la suerte de enamorarme de una preciosa chica que acababa de aprobar una oposición para el Banco de Bilbao. Rita y Mayka afirmaron que todas ellas eran muy simpáticas y hacendosas, junto con sus maridos.

De vuelta a mi casa de General Ricardos, todavía en el coche, yo le dije a Rita que la quería; que no la podía olvidar, y que, cuando yo encontrara un buen trabajo, nos casaríamos.

Antes de salir del coche, le dije a Rita:
-Eres hermosa en extremo. Mañana, si no le importa a Mayka el llevarnos, vamos a la Ermita de San Antonio de la Florida, ermita estrechamente vinculada al pintor Francisco de Goya, decorada con frescos de su propia manufactura, a ofrecerle nuestro amor al santo.

-Y para que os dure, yo le ofreceré unas flores; y a mí me consiga un novio, exclamó Mayka.



Foto propiedad de Isabel G. de Diego

EL VENTISQUERO DE CONDESITA

En lo alto de aquella altura
Como colina, cerro
No muy eminente
Que, ahora, yo llamo
“El Ventisquero de Condesita”
Pues allí mi amada lojeña
De la ciudad de Loja
En la provincia del Ecuador
Movía el lomo
Encorvándolo con violencia
Dándome a lamer su amor
Cuando hacíamos Sexo
A un tiro de lombarda
Antigua pieza de artillería

O variedad de berza
Yo corté una rosa silvestre
Yo corté una flor
Como el labrador que coge la mula
Y se va a arar una tierra
Repentina e inesperadamente
No ceptando la intervención
De ningún santo o santa
Que, por eso, mis padres
Me llamaron Lombardero
Quien, a la media noche
Me aplicaba a su Sexo
En nota de cuatro compases
O dos breves
Y a ese su agujero
Donde se enseñorean las lombrices
Suplicándome ella
Con vanidad, jactancia y soberbia:
-Tomás, aquí no.
No me metas tu parásito de Amor
Que me produce
Borrasca de viento y nieve
Además de expeler
El aire del cuerpo ventorrero.

BAILE DE ABUELOS

Es el baile de los padres del novio
En juego de pasos alegres
De sonrisas y de amores
En hermoso pasodoble
Que a nosotros nos hace gozar
Pues es la galante fiesta
De los recién casados
Que tanta ilusión llevan
En sus corazones.
Bailando, les hemos seguido los pasos
Por ver si terminan
Con esa gracia y gallardía
Como la de aquel día
En que ellos se casaron
Sabiendo que la vida de casados
Es de pañales y mantillas.
Los camareros mesas y sillas han movido
Para podernos sentar.
Ellos se sientan
Se arrullan mimosos
Y un matrimonio, amigo de ellos
Alegres me dicen a mí
Que estoy sentado a su lado:
-Daniela es una mujer hacendosa
Y, todavía, muy bonita.
Se conserva muy bien
¡Y eso que ha tenido nueve hijos!
A Daniel, hombre muy querido
Se le mira y admira
Adivinando en su mirada
Que todavía Daniela
Le roba el corazón.

CALLE DE GENERAL RICARDOS, MADRID

Aquí, en el primer piso izquierda de este edificio de una sola planta con dos viviendas y dos locales comerciales abajo se desarrolló nuestra vida desde que yo tuve 1 año, después de que nuestro padre deambulara “cual zíngaro” por los pueblos de Segovia, Cuenca, y Segovia, de nuevo, como guardia civil.

El portal era amplio y tenía un chiscón repleto de cucarachas que, en verano, salían y le cubrían como una alfombra. Para subir al primer y único piso teníamos que pisarlas y sentir ese chasquido tan desagradable que, a mis hermanas, les hacía subir de prisa.

Este chiscón, cuando salí del Seminario, le convertí en Galería de Arte por dos años, teniendo cierto éxito en el barrio gracias a las cucarachas y, también, porque recibía obras de artistas del extranjero, que eran expuestas dentro.

También, muchas veces, sobre todo en verano, mis hermanas medio desnudas con solo puesta la braga, tapando el bello sexo, se echaban sobre el suelo del Recibidor, para sentir el frescor de las baldosas recién fregadas.

Mientras ellas, mis hermanas mayores, alegres y riendo cantaban “El Trébole”: Al pasar el Trébole/ el Trébole, el Trébole/ al pasar el Trébole/ la noche de San Juan/. Al pasar el Trébole/el Trébole, el Trébole/ al pasar el Trébole/ los mis amores van/. Si quieres que te quiera/dame doblones/que es moneda que alegra/ los corazones/. Mañana vamos a Copacabana ven tú si quieres/y verás a Antonio, Pepe y Ramón/ nuestros amores/; yo me iba a mi habitación



estrecha con una sola cama sostenida por guías de teléfono a hacerme pajas.

Al pie de mi cama, en el techo, colgaba casi todos los años un jamón de la matanza de Simón “Bailaré” de Navalmanzano, que él nos regalaba, destinado a curarse con la frescura que entraba por un estrecho patio.

Junto al portal había un patio cuadrado donde, con una manguera traída desde el grifo de la cocina, nos lavábamos, pues en nuestro servicio no había ni ducha ni lavabo. La cabeza nos la lavaba, al grifo, nuestra madre con agua de vinagre de vino; y los pies les metíamos en un barreño de plástico grande con agua y sal. Barreño que había cambiado a trueque de lana con un mercader de utensilios.

Mis hermanas, al reírse, me hacían recordar a las putas que yo visitaba entre los arbustos de la Casa de Campo, del Parque del Retiro, y las traseras de San Francisco el Grande. También, a las chicas de la tierra y extranjeras, solitarias, a quienes, en los Jardines Sabatini del Palacio Real, yo les enseñaba el bulto de entrepierna como señuelo para atraparlas, algunas torciendo la boca con un descompasado reír; otras, pareciendo que lloraban anhelándola.



Yo ya me había salido del Seminario casi al terminar Filosofía, y empezar Teología. Llegué a un punto, entre dos caminos, en el que, abandonada la ilusión de llegar a ser santo, tenía que decidir entre el camino de Clerecía pedófila, o el Camino de Puta Clerecía, tirando por el del medio, como hizo el Asno de Ovidio que no entendía de las ficciones y de sus cuentos; de los embustes y patrañas de vagos dicharachos místicos o santos.

Mi hermana Guadalupe, desde el balcón de casa, me vio llegar, alegrándose al verme, mientras mi madre, al enterarse por ella, lloraba, porque acababa de quebrarse su sueño de llegar a ser madre de cura, y pasar los últimos días de su vida

muy alegres y apacibles en un pueblecito de la Serranía de Cuenca o en La Granja de Segovia.

Nuestro domicilio se hallaba en “Mataderos”, Barrio entre el Cinema España y el Cine Vista Alegre, cercano a los Cementerios de San Isidro, Santa María y Británico; a un tiro de piedra de la Casa de Campo; lugar elegido por los hombres que van a por pienso; donde las putas se dicen entre ellas: “Cuantas idas y venidas encierran nuestros sexos”.

EL CETRO DE JUPITER

Aquella chica de Las Palmas de Gran Canaria

A quien elegí para hacer sexo

Se puso en el coño un aparato mecánico

Hecho con labios de hojalata.

¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

Yo, Silvano, cual sátiro valiente y bizarro

Cual jumento erecto y salido

O un dios montado en su borrico

A la batalla del Amor vine.

Antes de entrar en ella

Ya me corría de gusto

Y la erección me llevaba donde ella quería.

¡Qué buen pienso iba a darme!

Ya desgajé los labios de hojalata

De esa tía hermosa y presumida

Con dos tetas gigantonas.

Ya desquicié su Monte de Venus.

El combate iba a ser de lo más sangriento.

Lo sentí por esa eyaculación

Que le introduje colorada

Mis manos puestas en los polos de su culo

Mi glande llegando al cielo de su vagina

Roto, atravesando toda esa chatarra.

Ella solo se estremecía.

Sus dos tetas temblaban.
 ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!
 ¡Que me lo rompes tío!
 ¡Que me estallan los ovarios!
 Encelado, ya eyaculé en ella como un burro.
 Ella tuvo un orgasmo vacilante.
 Cuando yo la saqué, quedé aturdido
 Resbalándome cayendo
 De su monte de Venus.
 Su coño de hojalata hirió mi miembro
 Hinchándose sobre manera
 Teniendo que ir al Hospital
 Para que un urólogo me viera
 Como a títere con un enorme pene
 Y con dolor de cabeza.
 ¡Maldita la hora en que me puse
 El coño de esa puta Etna por sombrero
 Pues arrojado me vi a su carnal infierno
 Al herirla gozosamente penetrándola ;
 Un rastro o reliquia quedó de ella:
 Una viruta de sus labios de hojalata
 En medio de mis huevos.
 El doctor que me atendió
 Quedó asombrado de tal hinchazón
 Preguntándome la dirección de esta puta
 Exclamando:
 ¡Este pene se parece al cetro de Júpiter;
 ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!



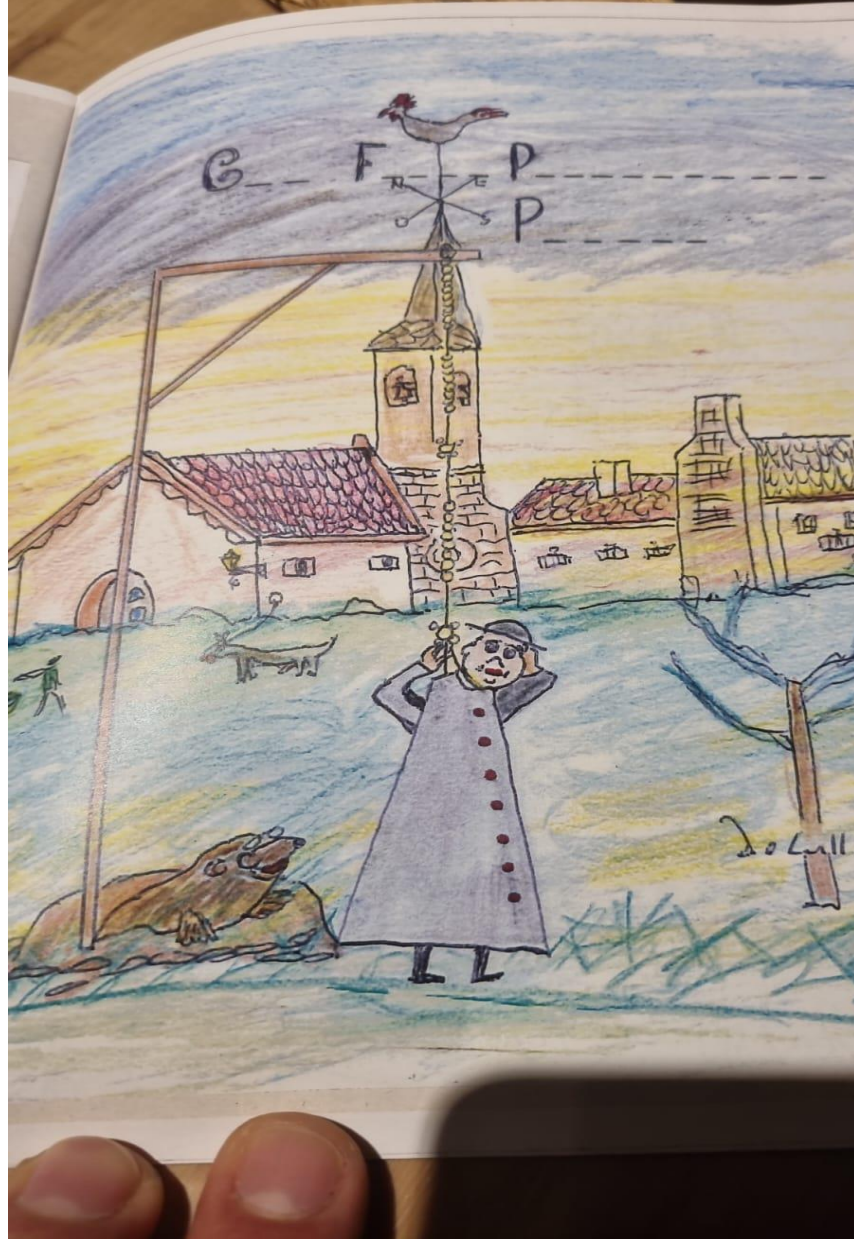
AMERICA AMERICA

Cuando la aurora tiende su manto
Y el firmamento viste de rojo, o azul
No hay dos luceros trastornados
O bien discapacitados que brillen tanto
Como la cabra loca de Trump
Putero de dios en serie
O el viejo meón de Biden dormilón.
Gente hermosa duerme en brazos
De la falsa fe de Trump
O despierta si está dormida
Porque Biden se ha meado a su lado
Escuchando la canción de los dos:
“America great again”
Compuesta por Trump con música
De una motosierra argentina
O de bombas que estallan en Hospitales
De niños palestinos, de Yemen, de Líbano
Siria y otras partes del mundo
Con beneplácito de asesinos en serie
Que nos dominan y que, contentos
Le cantan a sus mujeres o concubinas:
“Rubia, negra, o morenita
Dame un clavel.
Dame el clavel de la boca de tu culo.
Para eso no hay que tener
Mucha vergüenza ni poca.
Sólo tener fe y buena picha”.



EL HUERTO DE LOS NABOS

El Convento tenía un huerto
Todo sembrado de nabos
Destacando un nabo algo rojo
Que se parecía al miembro
De mi tío Nicolás
Que me ponía entre los muslos
Cuando me montaba a caballito
Casi todos los días
Cuando nos venía a visitar
Diciéndome que me llevaba
Por el Camino de Santiago.
Como yo era blanca, muy bonita
Me engatusaron unas monjas
Para ir a estudiar al Convento
Y conocer a Jesús amado
El hijo de Dios excelso
Que es el único que nuestro camino
De miserias y pecado
Puede alumbrar.
Cuidando el huerto
Las monjas tenían a don Gonzalo
Quien, también hacía de sacristán
A quien expulsaron el día
Que la madre superiora
Me ordenó ir al huerto a por nabos
“Apreciables por sus nutrientes
Y, sobre todo, por la vitamina C
Necesaria para el crecimiento
Y desarrollo normales”
Obligándome don Gonzalo
A cogerle su nabo
Que era de tamaño medio
Parecido al de mi tío Martín
Cual chorizo de Cantimpalos.
La madre superiora nos dio permiso



Para cogerle de una pierna
Después de golpearle con un palo
En sus partes
Y echarle al camino que lleva
A la ermita de san Juan.



EN LA O DE SU CUERDA

Este dibujo representa la obra teatral que por Carnestolendas, Carnaval, entre la fiesta de los Reyes y la Cuaresma, y más particularmente el antruejo o los tres días últimos de ese período, poética y literariamente representaba nuestro grupo de teatro “Mester de Pedofilia”, en el escenario del Teatro del Seminario Conciliar de Segovia por los años 50 al 60 donde nuestro anhelo de seminaristas era llegar a ser un buen cura

pedófilo de Dios y la Patria, representada con gran gusto y con esmero, escuchando con placer y satisfechos, al final de la obra, esa sentencia que dice: “Ni antruejo sin luna, ni feria sin puta, ni piara sin artuña (oveja parida que ha perdido la cría)”.

El padre superior, el padre Metelo, que decía ser de Miedes, en la provincia de Guadalajara, que sufría meteorismo o hinchazón del vientre por acumulación de gases, pisando el

suelo, esperaba feliz el ahorcamiento, sabedor de que unos meteoros venidos de Groenlandia con forma de pene con alas vendrían al escenario rompiendo la soga con sus dientes, clavándoles en la O de su cuerda, liberándole, al tiempo de sorprender a los seminaristas presentes con una erección gloriosa que rompía la sotana y se abría paso a una eyaculación sorprendente fuera de un grito de dolor y alegría arrojando sobre nuestras cabezas una especie de metastrongilos machos y hembras reducidos al quinto de su tamaño; lo que nos hacía gritar con satisfacción y agrado:
-Este nuestro padre Metelo es un “mialmas”.

¡Ay! este buen padre Metelo tan diestro en erección y eyaculación que hizo que las cabezas de los seminaristas cayeran en metátesis, metaplasmo que consiste en alterar el orden de las letras de un vocablo, exclamando :” ¡Que buen aguinaldo (por aguinaldo) nos ha dejado este nuestro padre !”

Decir que, gracias a nuestros padres carnales, y por su educación nacional católica recibida y establecida por el Régimen de entonces, pensábamos que los curas con sotana no llevaban nada dentro; que su cuerpo desnudo era hermafrodita y su pene estaba unido de por vida a su ojete, eternos compañeros. Hecho cierto para nosotros, pues recuerdo que en nuestras gloriosas masturbaciones siempre terminábamos llevando nuestro pene al ojete, eyaculando como los niños cantores con placer, tan satisfechos; confesando, después, nuestro pecado, a una gavilla de curas confesores hipócritas tan necios como queridos, que nos esperaban en el confesionario con los brazos abiertos, desabrochada la sotana; regalándonos, al terminar la confesión, un botón de muestra.



Foto de Isabel G. de Diego

ADIOS, PERICO

Mi amigo Constancio y yo
Nos fuimos a las Palmas de Gran Canaria
Tan solo por hacer el Amor
Pues como él me dijo:
-Aquí hay trabajadoras del Sexo
Por donde quieras que vayas.
En cada puerta de la Ciudad
Hay una Bartola esperándote.
Como esto es lo que más me gusta de la Vida
Marché con él esta mañana de paseo

Y, en la puerta de un edificio de cinco plantas
Vimos hombres con el corazón
Entre las piernas
Y el cerebro entre las patas
Y mujeres asomadas a la ventana
Sonriendo con una sonrisa de anuncio dental.
Subimos al primer piso
Viendo que por la puerta salían
Un panadero, un cartero y un empleado
municipal.
Le dimos a la señora que nos recibió
Veinticinco Euros
Pasando al interior de un salón comedor
Donde nos atendieron cuatro bellas damas
Las cuatro cantando sonrientes:
“Soy una serpiente
Que anda por el bosque
Buscando una parte de su cola
¿Quiere ser usted una parte de mi cola?”
Esto nos agradó, y, a mí más.
Yo elegí una rubia
Aunque las rubias sepan a chinche.
Mi amigo una morena y peluda
Pues, como él mismo dice:
-Mujer peluda, mujer cojonuda.
Haciendo Sexo con ella
Me di cuenta de una realidad:
Que los dos somos importantes
Pero el macho más.
Dentro de cada una de ellas hay un bien
Y en el hombre un florido mal.
La hembra tiene la Flor de la Pasión
El macho, el veneno lechoso de la serpiente.
Pasión y lucha
Y que sea lo que Dios quiera.
Después del éxtasis eyaculatorio rompedor
Quedé como muerto
Cantándome ella:
“Muerto el perro, muerto está
Al toque de corneta se le levantará

Tararí, tararí que te vi”.
Pues no se me levantó.
Ella, arrugando el hocico, me dijo al marchar:
-Adiós, Perico.

ESTAMOS DE FIESTA

Se engalanan algunos balcones del pueblo.
Es buena y bonita señal
Porque estamos de fiesta.
-A buen cura, mejores monaguillos
Nos dice alguna que otra beata de Dios.
Gurriatos y vencejos, golondrinas
Hacen sus nidos con maestría
En los aleros de los tejados
Asustándose cuando la campana
De la Iglesia o del reloj del Ayuntamiento
Toca a misa, o da las horas.
Los forasteros nos dicen
Al llegar a la Plaza Mayor del pueblo:
-Ya casi hemos bien almorzado
Al olor de los asados de lechazo.
Al cabo de un rato
Se les verá entrar y salir de las bodegas
Contentos por haber bebido
Un cuartillo de vino de la tierra.
Un pastor conocido
Con una perra de caza prestada
Sale a cazar una liebre muy grande
Que dice haber visto
Por el monte de Moradillo.
Un joven, no sé si Boca Negra, o Patalo
O Cachalunas
Se despide con un beso de la moza
Con quien ha ligado
Prometiéndose verse en el baile
De la Velada.
La juventud de los pueblos de alrededor

Y de Aranda de Duero
 Vendrán a pasar la Velada
 Para, después, ir y venir de las bodegas
 Cantando:
 Ellas:- Chicos, aguijar al hígado
 Que brama la vaca
 Ellos: -Ahora sí que estamos contentos
 Que tenemos dos fuera y una dentro
 Fingiendo con estas palabras
 El acto del Sexo.
 Un señor casado
 Que intenta enamorar a una viuda
 Nos dirá después del baile
 Al preguntarle:
 -¿Qué tal te ha ido con la viuda?
 -Agria es
 Y además no tengo ganas de ella
 Imitando las palabras
 De la zorra
 No pudiendo alcanzar las uvas.



Foto de Isabel G. de Diego

EL NIÑO Y EL CARACOL

El niño Kylian no sabía que la baba de caracol es remedio y cura prevenir el daño de arrugas, cicatrices, mejorando la elasticidad y firmeza de la piel, estimulando la renovación celular, como le decía su mamá a su papá rogándole le comprara un frasquito de “Crema de baba de caracol” en Amazon, lo que, para él, era un chiste, pues siempre veía a su mamá igual de guapa sin necesidad de babas.

Mamá les dijo:

-Iros a buscar caracoles para la abuela.

Curioseando con su hermano Eder los jardincillos que rodean la Pérgola de Rita, en



DENTRO DEL CONVENTO

Hemos visitado, mi amigo y yo, un Convento, en la falda de la sierra de la Demanda, al pie de los montes de Ayago, en la Sierra de la Demanda, entre Burgos La Rioja, de estilo casi románico y protogótico habitado por una congregación de quince monjas católicas excomulgadas con edades entre cuarenta y cinco y ochenta años declaradas ellas mismas fuera de la curia arzobispal y enemigas acérrimas del Papa de Roma debiendo su gobierno a su propia regla menstrual o menopáusica, dueñas de un señorío material y un señorío pastelero, que les viene desde tiempo muy lejano.

-Yo, como madre abadesa, os aseguro, les decía a sus sores la madre abadesa, Sor Eneida, que los obispos y el papa de Roma son muy tontos y muy malos, y en Rebusnos asnales muy maestros. Con su pan se lo coman. Nosotras tenemos otra fe, afirmándolo con nuestra postura como un hecho. ¡No hay más divinidad que Dios ;

Lo que era unánimemente aplaudido por las monjas, saludando a esta madre abadesa como Papisa con cara de indio, a quien le gustaba ir a orinar con sus hermanas en el Rio Tirón, afluente del Rio Ebro, dos veces por semana, al mismo sitio donde vienen a hacerlo los peregrinos del Caminos de Santiago de Compostela: Camino francés y Camino del Norte de España.

No vamos a entrar en su magna arquitectura, pero sí en su huerta aldeaña de coles, berzas, calabacines, tomates, alubias verdes en palo alto, calabazas, donde un Asno, imagen del Asno con el que Jesús entró triunfante en Jerusalén, se enseñorea de la huerta, y es venerado como Papa.

Moradillo de Roa, Burgos, encontraron tres caracoles a los que pusieron los nombres de Hipócrates, Zeus y Plinio; quedándose él con Hipócrates, pues su hermano tiró a los otros dos por la taza del váter, quejándose porque le habían escupido en los dedos.

Kylian le dijo:

-¿Por qué les has tirado al váter?

Eder respondió:

-Más vale antes que después, pues la abuela les va a meter a cocer en la cazuela para que echen el verdín y las babas, y guisarlos y celebrarlo en la mesa.

Kylian invitó a su caracol Hipócrates a subir por su mano, dejándole que subiese hasta su dedo índice. Después, lo volvió a convidar a meterse en una cajita de esas que trajeron el móvil nuevo a papá, exclamando:

-Más vale caracol en paz, que caracoles cociendo para degustar.

Insignes proezas hacían las monjas con este portentoso Asno cuya verga le llegaba hasta la herradura rozando el suelo:

En Maitines: antes del amanecer, y Laudes: al amanecer. Prima: primera hora después del amanecer, sobre las 6:00 horas de la mañana. Tercia: tercera hora después de amanecer, sobre las 9:00 horas, el Asno subido en un pedestal, su verga colgante sonando como un badajo de campana, todas ellas, con la madre abadesa primero, desnudas de cintura para abajo, se columpiaban en la verga del Asno, haciendo sonar una campanilla que llevaban atada al cerrojo de su cinturón de castidad, haciendo una tortilla su cerebro, marchando, después, unas a sus rezos; otras, a su obrador pastelero.

-Aquí, en este Convento, nos dijo una devota aldeana, las monjas también algunas veces Rebufnar han sólido, pareciendo sus risas al Rebufno de su Asno amado.

Inesperadamente con la luz del día, un gallo, al que llamaban “Gallo Tirón”, que había abandonado el gallinero asentado junto a la huerta donde cohabitaba con quince gallinas cantó desde lo alto del campanario haciéndonos recordar que era hora de marcharnos del Convento sin poder comprar dulce alguno con disgusto de las monjas por tal atrevimiento de no hacerles algún gasto.



Foto de Isabel G. de Diego

FLOR Y ESPADA

Estando yo dando nueve vueltas a la Iglesia de San Antón, en las Huelgas de Burgos, como me había ordenado dar mi esposa para que San Antonio, abogado de la salud, me guarde, porque yo andaba paticojo y me mostraba tan putero como los cantantes de moda y los poetas militares de antaño que sacaban las castañas del lecho nupcial con la mano de un gato, vi cómo un vejete le calentaba los pañales a una anciana del Geriátrico de al lado mientras ella le enseñaba a él unos cuantos libros que llevaba en la faltriquera, sentados como estaban en un banco de madera, y le decía:



Foto de Isabel G. de Diego

-¡Ay, señor, estos libros son coplas;

Respondiéndole él mientras intentaba tocarle la castaña:

-Y esto que hago es cantar.

Ella le enseñó, mientras él la manoseaba, a Miguel de Cervantes en su *El Quijote*; a Jorge Manrique en *Coplas por la muerte de su padre*; a Garcilaso de la Vega, en sus *Églogas*; a Lope de Vega, en *Fuente Ovejuna*; a Calderón de la Barca, en su *La Vida es Sueño*; a Ángel de Saavedra, Duque de Rivas, en su *Don Álvaro o la fuerza del sino*; a Miguel Hernández, en su *Viento del pueblo*; a Antonio L. Bouza, en su *Odología poética*.

Los libros cayeron al suelo cuando ella consiguió sacarle, con anciana gracia, el pene de la bragueta, quedándose admirada de que tuviera un remolino en la testa; lo que, para ella, era señal de altivez y señorío.

Entonces le dijo:

-Señor, quien tiene remolino en la testa del pene, vendrá conmigo a la fiesta del Centro de Día.

Recibida la bendición hisópala dada por el cura párroco, cuentan que la pareja, al poco tiempo, se encontraron en la fiesta del Centro de Día, ella cortándole la guedeja levantada del pene, y él ganándosela a ella como un gran Rey de Flor (Poesía y Embobamiento) y Espada (Crimen y Puterío).

ELLA, EL MAR Y LA TABLA DE SURF

Ella salió al mar en la Playa de Prellezo
(Cantabria)

Enamorada como está del Mar Cantábrico
Con su tabla de surfear debajo del brazo
Que la lleva hasta lo más lejos del mar
Donde las olas la esperan cual terrible fiera

Echando espuma por la boca

Sonando en no dejarse dominar

Y celebrar con ella una buena comida

De gambas, langostinos y almejas.

-Surfea, Isabel, surfea

Que puede ser que con mi fuerza

Te tire de la tabla

Y contigo yo juegue hasta que te bese a muerte.

Ya las olas trataron de acosarla

Pero ella les dio con la tabla en las narices

Y esta terrible fiera de espumarajos en la boca

Se dio la media vuelta

Yéndose a jugar con una barquichuela
Que navegaba con una pareja de novios
Que buscaban con pasión en sus cuerpos
desnudos

Una almeja y un percebe.
De que la fiera vio que iban solos en la barca

Les rodeó con berridos
Haciendo temblar al mar y la barca entera
Llevándose la vestimenta de los dos
Dejándoles en cueros como estaban.

-Devuélvenos nuestros vestidos
Le gritaron los dos a la salada fiera
Que son de hilo y paño fino
Y es lástima que se pierdan.
El mar no dijo nada. Tan solo la fiera
Que les gritó con furia de espumosa agua
Rodeándoles las cabezas:
-Si las queréis de verdad, venid a por ellas.

Ya se hunde la barca
Ya escapan los dos nadando
De esta terrible fiera
Que se lleva la barca
A la profundidad de sus aguas
Principiando a luchar con ella.

UNA ARAÑITA EN EL PLATO

Es en el Parque de Fuentes Blancas, Burgos
Lugar de meriendas y de recreo
Sitio por excelencia
Para celebrar el cumpleaños
De las niñas y los niños
Porque hay toboganes y columpios.
En este cumple del niño Eder
Hubo mucha provisión de chucherías
Dejando sitio, en el plato

Para alguna que otra arañita
Que bajaba del montículo cercano
Y de la Cartuja de Miraflores
Para respirar aire puro
Cansadas de tanto rezo cartujano
Y su olor a cirio quemado.
-Mamá, ¡ hay muchas chuches en el plato
Exclamaba el niño con alegría.
Y hasta una arañita, ¡mira!
No la mates, mamá
Que ha venido a mi cumpleaños
Y hay muchas chuches para todos.
La arañita se llenó la tripa de azúcar
Entrándole dolor de vientre
Yendo hacia una tinaja
Donde los niños cagaban
Y no en otra parte del parque
Entre los setos y los árboles.
La tinaja estaba llena
Y, para hacer una gracia
El niño llamó a los otros niños
Por correr a la araña
Y no cayera en la tinaja.
Todos fueron corriendo
Por ver a la araña
Cuando el papá de un niño invitado
Flojo y comilón que lo vio
Alegremente les dijo:
-Venid niños, venid todos
Veréis la arañita que ha hilado
Su tela de araña
Sobre lo cagado de un mes
Y no limpiado.
Todos rieron la gracia
Escapando, después
A los toboganes y columpios.